

BUENOS
AIRES
L I T E R A R I A

CeDInCl



15

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 1953

BUENOS AIRES LITERARIA

SUMARIO DEL NÚMERO 14

Francisco Romero:
Apócrifo del apócrifo.
Sigue hablando Mairéna

Esteban Salazar Chapela:
El dandy

Paul Verdevoye: *Dos poetas
anteriores a François Villon*

Poesías de:

René Chalupt
José Hierro

Valentín Fernando:
Recuerdo de Gardel

Notas de:

Luis Seoane
Oscar Uboldi
Emma Susana Speratti Piñero
Elva de Lóizaga
Alberto Salas
David Almirón
Gregorio Santos Hernandez
Eduardo Jonquières

★

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Países de lengua española:
Número suelto .. \$ 4 m/arg.
Suscripción anual \$ 40 m/arg.

Otros países:
Número suelto .. 0.50 dólar
Suscripción anual 5.00 dólares

★

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Viamonte 427 T. E. 31-2793
Buenos Aires

BIBLIOTECA

de grandes obras de la literatura universal

TEXTOS SELECCIONADOS Y ANOTADOS PARA SU
USO EN LAS ESCUELAS

Las mejores obras de la literatura universal, aligeradas de todo cuanto pueda fatigar a los jóvenes lectores, en ediciones escrupulosamente confrontadas con las ediciones originales. El retrato y resumen cronológico de la vida de los autores, como asimismo el estudio de la obra en sí que encabeza cada edición a manera de prólogo, dan valor y jerarquía a esta Colección, presentada en pequeños tomos de pulcra y elegante impresión.

Titulos publicados:

RIMAS, de Gustavo Adolfo Bécquer.
JUVENILIA, de Miguel Cané.
LA VIDA ES SUERO, de Pedro Calderón de la Barca.
DON QUIJOTE DE LA MANCHA, de Miguel de Cervantes Saavedra.
LA GITANILLA, de Miguel de Cervantes Saavedra.
AUTOBIOGRAFÍA, de Carlos Guido y Spano.
MARTIN FIERRO, de José Hernández.
CHICO CARLO, de Juana de Ibarburu.
LAS DE BARRANCO, de Gregorio de Laferrere.
ARTICULOS DE COSTUMBRES, de Mariano José de Larra.
POESÍAS ESCOGIDAS, de Rafael Obligado.
SANTOS VEGA, de Rafael Obligado.
TRADICIONES PERUANAS, de Ricardo Palma.
TRAFALGAR, de Benito Pérez Galdós.
M'HIJO EL DOTOR, de Florencio Sánchez.
RECUERDOS DE PROVINCIA, de Domingo Faustino Sarmiento.

Cada tomo \$ 3.50 - Excepto Don Quijote \$ 14.-



EDITORIAL KAPELUSZ

MORENO 372 • BUENOS AIRES

Artes Gráficas
BARTOLOME U. CHIESINO

AMEGHINO 838

AVELLANEDA

La edición
a la altura
del libro

Ultimos  Libros

- FRANCESCO DE SANCTIS Y FRANCESCO FLORA,
Historia de la literatura italiana (3 vols.) .. \$ 250.—
Estudio de las grandes épocas y de las figuras capitales
de la literatura italiana. Ilustrado y encuadernado.
- GABRIEL MARCEL, *Teatro: Roma ya no está en
Roma. Un hombre de Dios. El emisario* \$ 22.—
Tres originales dramas de este filósofo existencialista
cristiano. Con un prólogo especial del autor para esta
edición.
- EDUARDO MALLEA, *Chaves* \$ 12.—
He aquí la nueva gran novela de Mallea, tensa en su
dramatismo y llena de bellezas poéticas.
- AUGUSTO ROA BASTOS, *El trueno entre las hojas* \$ 20.—
Un nuevo escritor paraguayo revela aspectos descono-
cidos de la vida y las gentes de su país en estos relatos
novelísticos.
- RAFAEL ALBERTI, *Ora marítima* \$ 25.—
Conjunto poético dedicado por el gran poeta español
al tercer milenario de la ciudad de Cádiz. Seguido de
Balada y canciones del Paraná.
- PABLO NERUDA, *Veinte poemas de amor y una
canción desesperada* \$ 15.—
La obra juvenil más significativa y apasionante del
gran poeta chileno.
- CAMPANELLA, *La ciudad del sol* (Bca. Contempo-
ránea núm. 100) \$ 6.—
La famosa utopía del Estado ideal, precedida de un es-
tudio del profesor Rodolfo Mondolfo.
- RODOLFO MONDOLFO, *Breve historia del pensa-
miento antiguo* (Bca. Contemporánea núm. 143) \$ 6.—
Rigurosa exposición del pensamiento griego hasta las
últimas escuelas post-aristotélicas.

De venta en todas las buenas librerías o en:

EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

URUGUAY

CHILE

PERÚ

COLOMBIA

ULTIMAS NOVEDADES

EDUARDO MALLEA
LA SALA DE ESPERA

Pasión y adversidad a la espera de un tren nocturno. Una nueva novela del autor de *La bahía del silencio*.

"Colección Horizonte", 228 págs. \$ 16.—

FRANZ WERFEL
EL CANTO A BERNADETTE

Con toda la amenidad de una novela de tema extraordinario, esta obra relata la simple y maravillosa vida de la santa de Lourdes.

"Colección Horizonte", 678 págs. \$ 44.—

ROGER LABROUSSE
INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA POLITICA

Síntesis equilibrada de los factores que concurren a la formación de la historia de las ideas acerca de poder.

"Biblioteca de Filosofía", 332 págs. \$ 24.—

PEPITA SERRADOR
PASAN LOS CÓMICOS

La autora, figura harto conocida en el mundo teatral, nos presenta en ésta su primera novela, un trozo de la farándula lleno de humanidad y poesía.

Un vol. de 344 págs. Enc. \$ 44.—

DIÓGENES Núm. 4
Revista trimestral

Un acontecimiento notable en la vida cultural contemporánea, de especial interés para el lector americano, que enfrenta una visión panorámica de los problemas culturales del siglo XX.

124 págs. \$ 16.—

De venta en todas las buenas librerías

Editorial Sudamericana

ALSINA 500

BUENOS AIRES



EDITORIAL
SANTIAGO RUEDA

FLORIDA 377 - T.E. 31-1860 - 32-8874

Buenos Aires

presenta

ALBERT SCHWEITZER: *Un místico en acción*.
(Premio Nóbel de la Paz) por M. WAISSMAN.
El hombre que ha realizado su propia leyenda
y el mundo ahora aclama su obra \$ 15.—

LA CONCIENCIA DEL SEÑOR ZENO, por ITALO SVEVO.
La sexualidad, la introspección y el psicoanálisis en una obra de gran calidad literaria .. \$ 25.—

MIENTRAS YO AGONIZO, por WILLIAM FAULKNER (Premio Nóbel de Literatura).
Una novela obsesante, en una admirable traducción de Max Dickmann \$ 20.—

LA VIDA DE UN CIRUJANO, por ANDREA MARIJOCCHI.
El libro que más apasiona a los lectores de Buenos Aires en este momento. Una obra desgarradora \$ 20.—

EL CASO MAURIZIUS. ETZEL ANDERGAST.
LA TERCERA EXISTENCIA DE JOSÉ KERKHOVEN, por JAKOB WASSERMANN.
La trilogía novelesca de los casos de conciencia. La obra cumbre de la moderna literatura alemana. Cada tomo \$ 30.—

MARQUESA
POMPADOUR
ANIS



LA VERDAD
Y
LA BONDAD
NO TIENEN EDAD



'EL ATENEO'

PRESENTA

COLECCIÓN "CLÁSICOS INVOLVIDABLES"

- TERENCIO (*Teatro completo*), LUCIANO (*Diálogos escogidos*). 718 págs. E. \$ 60.—
BOCCACCIO. - *El decamerón*. Ilustrado. 795 páginas E. \$ 90.—

BIBLIOTECA "EL ATENEO"

- DARÍO, R. - *Obra poética completa*. 1062 págs. E. \$ 60.— Rca. \$ 38.—
MEREJHKOVSKI, D. - *Novelas escogidas*. 1053 págs. E. \$ 60.— Rca. \$ 38.—
WILDE, O. - *Obras completas*. 3 tomos. 2543 págs. E. \$ 180.— Rca. \$ 115.—

COLECCIÓN "CULTURA UNIVERSAL"

- ÁLVAREZ ROJAS, R. - *Reportaje a Gran Bretaña*. 385 págs. Rca. \$ 30.—
BAGÚ, S. - *Vida ejemplar de José Ingenieros*. 2ª Edic. 242 págs. Rca. \$ 20.—
HUBERT, R. - *Tratado de pedagogía general* 645 págs. . Rca. \$ 45.—
LE SENNE, R. - *Tratado de caracterología*. 534 págs. . Rca. \$ 45.—



LIBRERÍA **EL ATENEO** EDITORIAL

FLORINDA 345 • BUENOS AIRES • CORDOBA 2033

EDICIONES



HACHETTE

COLECCIÓN "EL MIRADOR"

VIDA DE RAMAKRISHNA

Por ROMAIN ROLLAND

Volumen de 264 págs. Precio \$ 25.—

EL ARTE ES PARA TODOS

Por MARTHA SIMPSON

Volumen de 176 págs. con 36 ilustr.
Precio \$ 22.—

ALMAS DE ANIMALES

Por FERNAND MÉRY

Volumen de 184 págs. Precio \$ 15.—

DE MIS PEREGRINACIONES
EUROPEAS

Por EUGEN BELGIS

Volumen de 240 págs. Precio \$ 18.—

En preparación

VIDA DE VIVEKANANDA

Por ROMAIN ROLLAND

LA EXPEDICION ORINOCO-AMAZONAS

Por ALLAIN GHEERBRANT

LA INDIA SECRETA. EL EGIPTO SECRETO

Por PAUL BRUNTON

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y EN EL

PALACIO DEL LIBRO

MAIPU 49 - 34/3131 ☆ CÓRDOBA 2015 - 83/8191
BUENOS AIRES

**BUENOS
AIRES**

L I T E R A R I A



REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 395.560

AÑO II, NÚM. 15

DICIEMBRE DE 1953

•
**EDUARDO JORGE BOSCO,
VIDA Y POESÍA**

A diez años de su muerte, la figura de Eduardo Jorge Bosco sigue inquietando por igual a quienes lo frecuentaron y a los que, al margen de su difícil y siempre esquiva intimidad, compartieron con él charlas fugaces o largas noches de versos y calles porteñas. El entusiasmo, y por momentos la agresividad con que unos y otros reclaman para sí el mejor conocimiento de Bosco, está diciendo a las claras hasta dónde su personalidad, y en mucho su muerte y sus circunstancias, provocaron la admiración o el desconcierto y el deseo de penetrar en una vida que se defendió de las indiscreciones y las confidencias con una decisión

tal, que aún los más allegados desconocían acontecimientos esenciales de ella.

La verdad es que, más que ocultar aspectos enteros de su vida, Bosco la ofreció en forma fragmentaria a distintas gentes, mostrando a unos facetas de sí mismo que ocultaba celosamente a otros. No hubo en ello premeditación ni disimulo, sino una forma muy personal de aceptar o rechazar a los hombres y de asignarles o negarles valores, en función de cualidades a veces tan recónditas que sólo él las conocía. Alcanzaba así momentos de identificación total con gentes entre quienes no hubiera sido posible ni intimidad ni convivencia, a veces ni siquiera comprensión o simpatía. Pero a cada una de ellas por separado Bosco sabía darse en aquello y sólo en aquello en que coincidían, con un entusiasmo tan apasionado que dió a muchos de quienes lo trataron la impresión de una entrega que, en esencia, jamás llegó a ser total.

Lo cierto es que no era posible sustraerse a la fuerza de convicción de sus palabras, y todos aquellos a quienes él admitió o atrajo hacia su vida participaron de su mismo entusiasmo, se "convirtieron" a él y pusieron en muchas o en algunas cosas —a veces en aquella única en que coincidieron— el amor de que Bosco las rodeaba. Claro está que en él "todas las cosas" eran sólo las suyas, las que lo iban invadiendo, tomando en posesión, trabajando lentamente su alma, y que sólo habían de dejarlo —en extensión, ya que nunca en profundidad— cuando, definitivamente incorporadas a su vida, cedían el primer plano a un nuevo interés.

Para cada uno de esos intereses y de las formas de vida que los acompañaban, Bosco tuvo sus interlocutores, los que participaron del culto y la reverencia aisladas, y no sería justo decir que unos fueron más importantes que otros, por-

que su entrega a todo lo que quiso fué tan total que nunca hubo para él grados menores en la importancia.

Todos esos interlocutores sintieron, sin embargo, su exclusión de otras zonas y el silencio obstinado de Bosco sobre ellas, y el sospechar que su valor y hondura eran tan grandes como los de aquella que les había sido dado penetrar, contribuyeron a formar una sucesión de imágenes deformadas de Bosco, en las que regiones enteras se adelantan oscureciendo otras, no menos importantes en la realidad. Y el juego y las combinaciones se han repetido tantas veces como el amor, la amistad o la curiosidad han pretendido reivindicar su derecho de recrear al hombre. Quizás Bosco no reservó para sí, en esencia, mucho de lo que fué, pero se dejó conocer por los que lo rodearon bajo luces tan diversas que, habiendo puesto en todo lo que hizo y dijo un acento de desnuda sinceridad, ha permitido, con una cintura fragmentada de silencios, dibujar su personalidad confundiendo la verdad y el mito.

No sería lícito para nadie considerarse en una posición excepcional frente a Bosco y reclamar un conocimiento personal y directo que permitiera desarrollar y por fin reunir todos los aspectos de su personalidad, o mejor de su persona, como él mismo hubiera rectificado. Sólo un estudio cuidadoso de su obra permitirá reconstruirla algún día. En verdad que allí no está todo él, pues esas páginas fragmentadas, en permanente elaboración, muestran a un hombre y a un escritor en camino hacia algo. Pero, ¿es que acaso la vida misma de Bosco estuvo menos fragmentada que su obra? Para quien como él no permitió que acontecimiento alguno lo distrajera de su íntimo vivir y que hizo de sus versos y su prosa, sobre todo de sus versos, la expresión total de ese vivir, con exclusión de cualquier otro

interés, la obra escrita es el mejor medio de conocimiento. En el caso de Bosco van a reunirse en ella todas esas corrientes que, fluyendo de él mismo se acrecentaban por diversos cauces en ese mundo que lo circundaba, para refluir otra vez hacia él y encontrar su expresión definitiva. No hay pues que reprochar a sus amigos su visión imperfecta de Bosco. Su obra no sólo permaneció inédita hasta ocho años después de su muerte, sino que ninguno de ellos tuvo el privilegio de conocerla en su totalidad mientras vivió el autor.

Bosco construyó así una obra que, rota en pedazos, da sin embargo la impresión de algo denso, macizo, orientado hacia un solo fin y alimentado por fuentes tan invariables como inagotables. Se ha dicho ya, y es de fácil comprobación, que toda ella se apoya en un tema casi único. Pero también es cierto que hay matices en ese tema, y una trayectoria que permite afirmar que hubo en su poesía ciertos períodos diferenciabtes, sostenidos por preocupaciones también diferentes.

Es interesante hacer una cronología de la obra de Bosco. La tarea es de realización casi imposible, sobre todo con la prosa, pero puede intentarse una reconstrucción, aunque incierta y apoyada mucho más en recuerdos que en evidencias.

Olvidados, por Bosco en primer lugar, los numerosos cuadernos escritos hasta sus 22 años, es en esa época cuando, con su soneto a El Greco, *Estas piedras de brisa...*, se inicia su verdadera poesía. En 1936 queda terminado el soneto, y terminado parece la palabra exacta, no sólo porque ha sido concluído, sino porque con ello toman su verdadero lugar viejos entusiasmos —D'Annunzio, Valle Inclán y otros— que ya no volverán más a un primer plano, aunque reivindicuen siempre para sí su papel de “deslumbradores”.

de lo que es buena prueba la prosa en que el mismo soneto se origina.

Son también de 1936 los *Poemas breves* y el primer manuscrito de *Vuelta*, que ha de seguir su curso, a veces fatigoso, hasta su forma definitiva, en 1942. Entre 1938, con el *Arte poética* y *Quizás alcanzar el cielo...* y 1942, íntegramente dedicado a *Uruguay*, está el núcleo principal de la obra de Bosco, con 13 poemas y series de poemas, algunos tan extensos como *Payadores y Uruguay*, y toda la producción en prosa. En 1943, en que desaparece la prosa, rectifica *Ibamos por el campo...*, termina *El rumor crea al mar...* (ambas de la época anterior) y escribe *Soneto de los amantes*, *Retrato de una muerta* y *Con años y recuerdos...*

Los temas centrales de la obra de Bosco aparecen ya en las primeras versiones de *Vuelta*, y se van concretando, trasladando de manuscrito en manuscrito, emigrando de la prosa al verso y de un poema a otro en una reelaboración permanente. Puede decirse que todo lo que escribió entre 1938 y 1942 es un solo poema en el que pasan a un lugar de primera importancia o retroceden hacia la sombra los temas capitales: la idea de un destino prefijado y, por oposición, la certeza, siempre rehuida, de una responsabilidad indeclinable frente a la vida, y que inútilmente se intenta olvidar; el horror al tiempo que huye, a la desaparición y al olvido; la presencia del pasado y su lenta reconstrucción, que es otra forma de eludir el presente, y la constante interacción del uno sobre el otro.

Toda la obra de Bosco se apoya así en el desasosiego que resultaba de su insatisfacción ante su conducta frente a la vida y su obstinado refugiarse en la idea de un destino inevitable que lo liberaba, aunque sólo fuese momentáneamente, del peso de las responsabilidades que nunca se

decidí a afrontar. Contradicción evidente, que corre por toda su obra y por toda su vida, y que provocó en él un sentimiento de fracaso que llevaba muy a flor de piel.

En esa contradicción entre la expectativa y la postergación, Bosco hace responsable de la primera a un destino ingobernable

Saber que todo ha de llegar
en su momento exacto.
Saber que, desde siglos,
nadie ha esperado en vano.

(*Saber que todo ha de llegar*, I, 22) ¹.

y de la segunda a sí mismo

Siempre estoy escuchando
los pasos que no di...

(*Otras canciones*, 1; I, 24)

Y este último sentimiento alcanza su mejor expresión en la *Milonga 1900* donde, tras un tono de burla (la burla "con cara de verdad" de su copla) expresa, con más tristeza quizás que en parte alguna, la idea de una vida frustrada por propia incapacidad para vivirla.

Me lo he pasado en aprietos
desde el día en que nací,
aprietos para la vida,
aprietos para morir.

.....
¿Para qué te quiero, vida,
si no te alcanzo a vivir?
Si la vida no se vive
es preferible morir.
.....

¹ Las citas corresponden a la edición de sus *Obras*, Buenos Aires, Ediciones del Ángel Gulab, 1952, 2 v.

Se va viniendo la muerte
y no acabo de afinar.
Ya lo di por terminado
y ni lo alcancé a empezar.

(*Milonga 1900*, I, 63-4)

Íntimamente unida a la doble idea de la fatalidad y la voluntad libre no ejercida, está la del horror al tiempo que huye y al irreparable destrozo que va causando. Para quienes trataron a Bosco de cerca tuvo que ser siempre una sorpresa su espanto —su pavor sería más exacto— ante la idea de que

...nada hay más triste que la ausencia
y el tiempo irreparable.

(*Con años y recuerdos*, I, 26)

La idea del estrago físico y de la vejez inevitable provocaban en él crisis que desconcertaban, y en tales momentos no era posible hallar una palabra de consuelo, un solo argumento para detener todo ese horror.

De esa sensación de ruina, de inevitable deterioro, de acabamiento, se defendió Bosco otorgando al "tiempo irreparable" la misericordiosa condición de deslumbrador de recuerdos. El mundo y el pasado aparecen así en toda su obra empeñados en una tarea minuciosa de embellecedores y creadores de misterios, en un lerdo trabajo sobre su propia alma, construyendo infinitas galerías guardadoras de todo lo que vale en la vida y de cuanto merece conservarse. Las citas de los pasajes que exponen este tema podrían multiplicarse.

Va diciendo otras cosas de lejanía y recuerdo:
memorias que la vida a todo ser depara;
y su voz conmovida por los años descubre
la punta de milagro que hay en toda distancia.

Se acuerda de los días que el tiempo ha ennoblecido:

de las pérdidas tardes, de las muertas mañanas que el olvido, maestro del recuerdo, transforma, en lo hondo del pasado, con su imprevista magia.

(*Payadores*, 1; I, 40-1)

El hombre tiene un mundo de recuerdos que lo acompaña siempre y vive alimentándose de ellos. Una vida, a veces, se sostiene con la memoria de unas tardes, de unos amaneceres, de vagos e inciertos lugares que visitó de paso, pero que han quedado arraigados en ella. Basta un rayo de sol semejante al que alumbraba aquel momento, un análogo estado, un igual perfume para que la memoria deslumbre de pronto toda aquella riqueza remota, volviendo a ganar sus días, creyéndolos, con la emoción del tiempo, mejores.

(*Poesía y verdad*, 13; I, 131)

Y podrían agregarse, íntegramente, *Vuelta, Así como se me alumbraba el pecho... , Ibamos por el campo... , Milongas y coplas de Sebastián Luna, Escorzo del conquistador.*

Es siempre un pasado que apadrina un presente y un presente que vuelve a recrear el pasado. Y en ese juego permanente y trágico se desarrolló una vida sin esperanza alguna de liberación. El presente, al fin de cuentas, es siempre muerte, presente o presentida, pero muerta al fin, que es a veces tanto como decir fracaso.

En ningún poema alcanzó Bosco un punto más alto ni más trágico de este sentido de frustración del presente y del poder creador del pasado que en *Uruguay*, que pese a su carácter fragmentario, al grado muy distinto de evolución de sus partes —desde *Patio de Figari*, totalmente acabado, hasta *Hombre sostenido por un solo recuer-*

do, apenas en proyecto— es, en conjunto, lo más hondo y en algunos momentos lo más valioso de su obra. Apoyándose en una infancia cuyos recuerdos contaban para él entre los más lejanos y también entre los más bellos, reclama para el Uruguay uno de los lugares más altos que tierra alguna pudo alcanzar en su afecto y, por eso mismo pide a ella el recuerdo final, el que necesita para no morir en el desamparo.

Sé que no me ha de mezquinar la muerte
una luz de estos pastos,
sólo un fulgor al menos,
para no dar en la mayor miseria
—a orillas del morir—,
de no tener un campo ni una tarde
donde volver a verme en el recuerdo.

(*Uruguay. El rostro que se vuelve*, I, 53)

Y es también en *Uruguay* donde se aferra, en un último esfuerzo por hallar sentido al mundo y a su propia vida, a la idea de ser creado y crear a su vez por la sola fuerza de lo que se piensa, de lo que se ama o se recuerda.

Aquella luz me está pensando ahora
que pienso en ella...

... A esta hora en la tarde que vuelve
a sus lugares, Dios me está pensando...

(*Uruguay. Del ayer fluye el tiempo*, II; I, 48)

Yo voy pensando en ellos y renuevo sus vidas
y sus almas —lo sé— que se están enterando
en la parte de cielo de ayer donde descansan,
y que se vuelven, tristes, a la luz de este patio
y alcanzan, desde lejos, su eternidad mejor
en lo hondo de mi pecho que las va recordando.

(*Uruguay. Patio de Figari*, III; I, 51)

Tema, por cierto, muy de Unamuno, otra de sus grandes y nunca olvidadas admiraciones.

Lo cierto es que en el fondo Bosco estaba lleno de terror a la nada y a la desaparición, como también lo estaba del temor al olvido. El tercer epitafio, el que escribió para sí mismo, no es otra cosa que la mejor expresión de ese terror, y el verso final, *Resplandece en olvido*, es, en esencia, lo que más temió. Es la angustia del *Soneto de los amantes*, del *Patio de Figari*, de la última copla de Sebastián Luna, de su visión de Ascasubi "coronel de ceniza y olvidado".

El arrepentimiento, que tiene también en las páginas de Bosco un lugar importante, aunque no tan manifiesto como el que ocupó en su vida, está fuertemente anudado a toda su obra. Él, que era hombre de cóleras inesperadas, también lo era de profundos arrepentimientos, que lo perseguían mucho más allá del recuerdo que los demás conservaban. Bosco vivía asaltado por penas constantes: porque había causado un dolor, porque había cometido una injusticia, porque había tenido que cortar los lazos que lo unían a alguien. Las ofensas que podía haber inferido adquirirían ante él proporciones enormes, mucho mayores que las que le atribuía el ofendido mismo, y a muchos de sus amigos invadía a veces una sensación de desconcierto, al no poder conceder a sus faltas la gravedad de que él las revestía. Este arrepentimiento, esta sensación de deuda con algunos hombres, primero, terminó por ser después un sentimiento de compromiso incumplido con la sociedad, y a él se ligó, para formar una sola cosa, el de la responsabilidad por todo lo que pudo haber hecho y no llegó a realizar, el arrepentimiento —que lo era y en el mayor grado— de no haber sido fiel a algo que se le imponía desde lejos, que venía de un pasado que mandaba sobre él. Su lento e ininterrumpido despojarse de todo lo que consideraba superfluo, y que lo acercó cada vez más a la que él hubiese deseado

ser, le fué revelando, por oposición, cuánto era lo que no había sido por imposibilidad de alcanzarlo. Y esto agregó un motivo más de angustia, de arrepentimiento. Es la vuelta constante, en muchos manuscritos, de aquellos versos de *Otras canciones*, ya citados, que han de transformarse y adquirir las más variadas formas, expresadas hasta en francés, y ser alguna vez "los pasos que no he dado se acercan y me miran..."

Con *Uruguay*, que alcanza su estado actual en 1942, se cierra un período de la vida de Bosco, tanto en el aspecto personal como en el literario. Paralela a su poesía había corrido su prosa, en la mayoría de los casos mucho más cerca de sus preocupaciones intelectuales que de sus hondos problemas personales, salvo algunas excepciones, en especial el relato inconcluso *La ventana*, lo más francamente autobiográfico de cuanto escribió. Los temas de su prosa, cuando no son ocasionales, muestran los intereses y los amores de Bosco. Son en especial sus ensayos o proyectos de ensayo *Lengua y casticismo*, *La sangre, Escorzo del conquistador*, varios cuentos casi siempre en proyecto también, y los *Estudios sobre poesía popular*, los cielitos y la fragmentaria *Vida de Ascasubi*, en su esfuerzo por "elegir nuestros muertos", como él mismo decía, por construir nuestro propio pasado.

El último año de su vida Bosco abandona la prosa, a la que por otra parte siempre se había dedicado en forma esporádica y fragmentaria. La misma *Vida de Ascasubi* sufre una paralización total, si se excluye la incorporación de varios datos a su índice cronológico y la obtención de algún nuevo documento. Motivos de interés mantenidos hasta entonces en un plano secundario —los poetas ingleses y su traducción, entre otros— ocupan un lugar de primera importancia y sólo parecerá interesarle la poesía. Por pri-

mera vez, y esto surge claramente de la observación de sus manuscritos, Bosco ha escrito poesía con fluidez. El *Retrato de una muerta* aparece sin un solo retoque, y el *Soneto de los amantes*, su composición más perfecta, en sólo dos manuscritos inmediatos. *Con años y recuerdos...*, iniciada poco antes de morir, y que ha quedado evidentemente sin revisar, es una de las composiciones más extensas de Bosco. Y aun Olga Orozco recuerda las lecturas de otra, *El almacén*, de la que no se ha hallado hasta ahora nada más que un manuscrito muy imperfecto de 32 versos.

Si se considera la lentitud con que Bosco escribía, las infinitas reformas, las innumerables versiones de sus poemas, el trabajo de reconstrucción con versos sueltos, habrá que admitir que el último año de su vida fué excepcional en cuanto a la facilidad de su inspiración. Y la lectura del *Soneto* y del *Retrato* no permiten dudar sobre la calidad que había alcanzado su poesía.

Este último año de Bosco fué, sin duda, la época más intensa de su vida. Muchos acontecimientos calaron muy hondo en él y le dieron una densidad mayor. Se produjo en Bosco una ruptura con su viejo mundo y en buena parte con aquellos que lo habían compartido y que seguían fieles a él. Así, en el *Retrato de una muerta*, hay frente al pasado una actitud de tranquilidad que nace de lo definitivo e irreparable, de algo que ya está terminado en su vida, que no le inquieta como antes. Este *Retrato*, escrito de un solo golpe, es una sorprendente despedida del pasado, una casi feliz seguridad de que se ha salido de un círculo que comenzaba a sentir como limitante. Es la única vez en que el pasado no manda con sus muertos. Está en la brisa, en las hojas, en la frescura de la tarde, pero ya no pesa. Ya puede verse el campo a través de su rostro.

Unos meses antes de escribir el *Retrato*, nos

dió Bosco su magnífico *Soneto de los amantes*, en el que se decide, de una vez, a inclinarse sobre la fuente, sin misericordia para sí mismo, sintiendo una mano hacia un pasado de justificación, y ya no verá más que

el tardo río que a la muerte huye

(*Soneto de los amantes*, I, 70)

En *Con años y recuerdos...*, su última composición, lo vemos volver, otra vez, hacia un pasado. Pero ya no es el suyo, participa de él como un desterrado. Había renunciado al propio en un limpio acto de rebeldía, pero su recuerdo, a pesar de los gestos, pesaba todavía mucho, con sus fieles guardianes insobornables, reclamando los viejos derechos, los que tan insistentemente él mismo le había otorgado. No era posible para él vivir sin las voces que lo habían apadrinado desde la infancia, no se podía terminar de una vez con todo aquello, con lo que él mismo había acumulado con una minuciosidad casi increíble, y de lo que había hecho el centro de su vida. Así compartió la doble condición de hombre recién llegado a un nuevo mundo cuando se sabía aún no extrañado del primero. Y el no poder adaptarse del todo a lo nuevo ni desprenderse de una vez de lo viejo es el sello de su fluctuante y trágica marcha hacia el final. Quizás hubiera hallado con el tiempo la fórmula conciliatoria. Su producción del último año permite suponer que la pasión, la alegría, la lucha y el sufrimiento, que se le dieron por igual, distaban mucho de ser negativas en él. Pero hombre lento en todo, no pudo dar el paso a tiempo. Había organizado, además, para sí, con violencia excluyente, un mundo del que sólo formaba parte lo que le interesaba muy de cerca, con lo que iba a conformar su propio ser. Lo demás, aún lo obligada-

mente cotidiano para todos, fué rechazado y, ya que no destruido, olvidado. Una curiosa posición sin responsabilidades materiales, le permitió obstinarse en ese olvido y hasta prolongarlo por muchos años. Su conflicto, el que no pudo superar, habría de ser el comprobar de pronto que lo demás existía y que se volvía contra él, reclamando en su vida, con fuerza de presente, el lugar que le había sido negado. Su muerte certifica el conflicto, la disociación y el choque tanto como la imposibilidad de superarlos, pero afirma también su fidelidad a una posición vital, su incapacidad de aceptar el soborno o de medir la magnitud del precio.

P E P I T A S A B O R

CeDi

A C E R C A D E L A V O C A C I Ó N I N T E L E C T U A L

CADA cierto tiempo la vocación intelectual parece necesitada de justificación. Un día, sorprendida, observa que la atmósfera se torna densa a su alrededor y resiste a su libre ejercicio. Quien se siente movido por ella descubre de improviso una mirada irritada o una sonrisa compasiva y comprende que su contorno lo juzga sospechoso como si fuera un aventurero, o inútil como si fuera un bufón de corte. Entonces, como suele ser hombre de buena fe, se siente acometido por un ansia de justificación. Quisiera llamar a su vecino farmacéutico o rematador y explicarle con abundantes razones que su actividad no sólo es lícita sino acaso noble y que las preocupaciones que lo mueven son las que movieron a Sócrates, a Galileo y a Mommsen; si sospecha que aun estos fiadores serán insolventes a los ojos de su honesto vecino, se acordará de Sarmiento, que llegó a ser presidente de la república, o de Pasteur, que descubrió la vacuna contra la rabia; y así, poco a poco, desciende por la escala de las alegaciones hasta declarar que es completamente inofensivo. Ahora ha llegado demasiado lejos. Su vocación lo exalta íntimamente al tiempo que su profesión lo disminuye frente a los demás, y comprende que no es su vocación lo que debe justificar sino su papel en la sociedad que lo aloja. Acaso se encierre y enmascare su verdade-

ra personalidad dándose un título que goce de cierto prestigio. Si es poeta dirá que es periodista; si es filósofo dirá que es profesor; si es biólogo dirá que es médico. Pero por la noche, en la penumbra de su gabinete, recobrará a solas su propio ser. "Me despojo de las ropas cotidianas llenas de fango —podría decir él también— y me revisto de noble paño. Y vestido como corresponde, entro en la antigua corte de los hombres antiguos, donde, recibido cordialmente por ellos, me nutro de aquel alimento que es sólo mío y para el que he nacido", como escribía Maquiavelo en su memorable carta a Francesco Vectori. La vocación intelectual ha perdido muchas batallas en las plazuelas pero ha ganado en las soledades muchos castillos que parecían inconquistables. En las soledades, atmósfera propicia para los combates del espíritu contra sí mismo, de sus luces contra sus tinieblas.

Lo cierto es que la vocación intelectual no necesita justificarse porque constituye en ciertos individuos un irreprimible impulso vital. Hay él que sólo existe mediante su ejercicio y no se le podría vedar sin aniquilarlo. Más aún, es imposible vedárselo porque nada ni nadie puede alcanzar el secreto reducto donde esa vocación cobra su fuerza. La vocación intelectual pertenece a ciertos individuos como a otros su vigor físico o su espíritu mercantil. Se podrá legislar sobre ciertas formas de la exteriorización de esa capacidad, o de su uso en relación con la sociedad. Quien reflexiona podrá tener vedado el uso de la palabra escrita o estar impedido de hablar de ciertas cosas en voz alta. Pero nada de esto podría contener el ejercicio de la vocación intelectual. El pensamiento podrá quedar grabado en unas páginas secretas por generaciones y generaciones o ser cautelosamente transmitido tan sólo a algunos fieles de quien lo pensó; pero es

casi seguro que habrá de salvarse y difundirse, recogido alguna vez por quienes, generación tras generación, vuelven a sentirse movidos por ese mismo impulso y alentados por la misma pasión. Quiérase o no la vocación intelectual que reside en ciertos individuos tiende a constituir con ellos una especie de hermandad a través del tiempo, casi una casta de inconfundible aspecto.

A veces se ha reconocido que era una casta. Se llamó a sus miembros brahmanes o mandarines. Se los llamó *clerics* o *scholars*. Se los llamó la *Intelligentzia*. En ocasiones algunos de sus miembros negaron que los uniera ninguna clase de vínculos, y cada uno de ellos fundó su gloria en considerarse ejemplar único de una fauna exótica o de una fauna extinguida; y alguno en quien la soberbia traspasó los límites de la prudencia pensó que sólo él, como individuo, constituía la especie. Espejismos. Goethe pertenecía también a la especie entre otros muchos, y la casta existió de alguna manera aunque sus miembros la ignoraran y no fuera usual aplicarle designación alguna. Porque no se necesita iniciación formal para pertenecer a ella, y ni siquiera es voluntario el ingreso. De hecho se es o no se es miembro de esa hermandad según se posea o no la indomeñable necesidad de ejercitar la vocación intelectual, de separarse de la realidad inmediata para captar lo que oculta su primera apariencia, de volver sobre ella para recrearla de alguna manera en el espejo del espíritu.

Esta hermandad no siempre tiene un papel definido y claramente perceptible en la vida social; y mientras es más difícil descubrirlo, más necesidad parecen sentir sus miembros de justificarse y de justificar el impulso que los mueve. Un sacerdote hindú no debe a nadie explicaciones sobre su misión, pero un especialista en vasos etruscos parece un ser exótico en el barrio

donde reside, a menos que sea hombre de fortuna —y entonces se lo juzgará ligeramente maníaco— o que sea profesor de la universidad —y entonces se lo considerará un funcionario—. Vocación y profesión son términos que se relacionan de manera dramática para los miembros de la hermandad; a veces es el suyo un sino amargo. Y el día en que es menester llenar algunas de las innumerables planillas con las que pretende clasificar a los individuos el estado moderno, el hombre de vocación intelectual descubre la profundidad del equívoco sobre el que está construída su vida.

Ser "cronista de la ciudad" o "poeta laureado", son, entre otras, maneras de superar el equívoco, o mejor dicho de inferiorizarlo. Tan dramático como pueda ser, el equívoco oculta el secreto de la dignidad de la vocación intelectual; en él reside su específica heroicidad, porque acusa el irreprimible pudor y la intergiversable voluntad de independencia que constituyen sus más nobles atributos. No se es poeta para ser laureado ni historiador para servir a la ciudad, así sean dignos de ser amados los lauros y las ciudades. Porque es imprevisible dónde se oculta la verdad del poeta o del historiador, y cualquier atadura amenaza su imprescindible pudor —porque no debe violarse el crisol donde se funden las ideas— y su imprescindible voluntad de independencia —porque siempre hay una ocasión en que es menester decir lo que los demás quieren callar. Hay vocaciones que se canalizan adecuadamente en las profesiones que la sociedad juzga normales en cada instante; pero la vocación intelectual escapa siempre y en todas partes a los canales que la sociedad puede ofrecerle al que la posee, y quien quiera mantenerse fiel a ella debe conservar cuidadosamente su propia y justa inadecuación.

¿Quizá porque el hombre de vocación intelectual sea necesariamente ajeno a la realidad? El problema es viejo y vuelve a plantearse de vez en cuando. Pero frecuentemente se lo plantea usando muy imprecisamente el vocablo "realidad", de por sí impreciso. Si la realidad es sólo la realidad inmediata, con todo el conjunto de circunstancias aleatorias que se combina en ella, el hombre de vocación intelectual puede o no ser ajeno a sus accidentes, sin que necesariamente constituya una traición —*la trahison des cleres*— el desentenderse de vez en cuando de ellos. Frente a la realidad inmediata y circunstancial, pídale al hombre de vocación intelectual —es justo— una actitud moralmente válida como hombre, como hombre de carne y hueso que es antes y después de pertenecer a la inteligencia. Pero, precisamente en cuanto hombre de vocación intelectual, admítase que se aloje en la realidad que él es capaz de descubrir, una realidad que, de seguro, se presenta ante sus ojos como mucho más compleja y vasta de lo que sospecha quien carece de aquella, precisamente porque tal vocación consiste en separarse de lo contingente y de lo aparental para recrear lo que le es dado. La realidad es densa, compleja y multiforme, y es una aptitud específicamente intelectual la que conduce a descubrir sus muchas perspectivas. En una de ellas, en una o acaso en la única que ha descubierto, en aquella cuyo ritmo se ajusta a su propio ritmo, se aloja el hombre de vocación intelectual. Si frente a la mostrenca realidad inmediata pudo parecer un mero contemplativo, en el seno de esta otra que le es propia se lo ve superar el dilema contemplación-acción; porque la sola creación de una cierta imagen de la realidad es ya acción potenciada, y acción de imprevisibles —o acaso sospechadas— consecuencias para el futuro.

Esto último es precisamente lo que determina la inexcusable responsabilidad del hombre de vocación intelectual. Que no se la mida por su eficacia frente a la realidad inmediata —la de hoy, la de la catástrofe que conmueve nuestras vidas, aun la de sus consecuencias inmediatas— porque entonces parecerá irresponsable. Que se la mida en cambio con la escala apropiada a su propio ritmo y se descubrirá inmediatamente su inmensa responsabilidad: la de Erasmo, la de Lutero, la de von Hutten, la de Galileo, la de Voltaire, la de Hegel o la de Marx frente a la realidad de nuestro tiempo; y la de nosotros mismos para un futuro apenas perceptible al que estamos irremisiblemente encadenados y en cuya informe fisonomía trabajamos como quien bosqueja en arcilla un imaginario perfil que a su hora cobrará nítida precisión. Es injusto, sin duda, acusar a la inteligencia de nuestro tiempo por su presunta complicidad en la preparación de la crisis de la libertad que caracteriza al mundo contemporáneo, pues es bien sabido que operaron en su desencadenamiento factores ajenos a su influencia. Pero es indigno que el hombre de vocación intelectual se valga de este argumento para declararse irresponsable frente a la realidad, porque no ignora que mediante el ejercicio de esa vocación actúa inevitablemente sobre ella aunque sea a distancia. Bien lo sabían los acusadores de Sócrates, o Bernardo de Chiaravalle cuando impugnaba las tesis de Abelardo; y bien lo sabía la Inquisición cuando perseguía al misántropo meditativo que revolvía la esencia de las cosas aunque apenas deslizará alguna palabra reveladora de su hallazgo en el oído de algún iniciado. Y constituye el deber de la inteligencia aceptar esta responsabilidad, que no es menor, sino mayor, que la del que provoca un motín callejero. A menos que la inteligencia quiera que

el ejercicio de la vocación intelectual no sea sino un juego, un juego de salón o de plazuela.

Dos formas bastardas de la vocación intelectual —las que más alarde hacen de sí mismas y por eso parecen las únicas— profesan esa idea acerca de su misión. Le llamaremos academicismo a una de ellas y snobismo a la otra, presuntamente la derecha y la izquierda del frente de la inteligencia. Una defiende las formas ya creadas y la otra sólo estima las que están en proceso de creación y sólo por su novedad. Pero una y otra escamotean y desnaturalizan el sino de la vocación intelectual, en la medida en que sus adictos la ejercitan de manera bastarda. Porque ni lo nuevo ni lo viejo importa por esa sola peculiaridad sino por la vocación de eternidad que reside en el impulso de su creación. Las cosas devienen por sí solas, pero su fuerza reside en que hayan querido ser eternas.

Si la vocación intelectual posee cierta profunda dignidad es porque su acendrado ejercicio se orienta espontáneamente hacia ciertos fines trascendentales. Pero hay quienes creen que el ejercicio de la vocación intelectual se agota en el ejercicio mismo, y que su anecdótico constituye su historia. Son los que creen en la trascendencia de “la vida literaria”, pura anécdota en la historia de lo que debe ser denodada pasión por la creación y la verdad. Poco importa que el anecdótico sea el más reciente u otro más vetusto. Lo que importa es emanciparse de los falsos fines que embridan la vocación intelectual y, de una u otra manera, la canalizan en una profesión, más menguada cuanto más ajena a las exigencias del ambiente social.

Parece explicable que academicistas y snobs se creen obligados a justificar su presunta vocación intelectual. Fariseos en el fondo, no la consideran sino como un oficio, y es natural que quieran

prestarle la dignidad de una profesión honorable. Pero la auténtica vocación intelectual, aun evadiéndose de todos los carriles, no necesita justificación. Es, simplemente, una condición de existencia, y quien sabe que sólo existe de esa manera debe atenerse a ella arrojando los riesgos y las responsabilidades que entraña. La llamada incomprensión del mundo con respecto al que ejercita una profunda y entrañable vocación intelectual no constituye una injusticia inexplicable. Tan amarga como pueda ser para el hombre de carne y hueso, es menester que se la acepte como justa en la medida en que manifiesta inequívocamente el destiempo en que vive con respecto a su tiempo quien no puede vivir sino en su tiempo intransferible.

Adrogé.

J O S É L U I S R O M E R O

EPIGRAMAS MEXICANOS

A los cinco Castro Leal

(EN EL AVIÓN. MÉXICO)

*L*AS tres montañas blancas
se aparecieron entre la mañana
con un aire en lo alto
como de estarme saludando.
Y el sol había salido
y se abrían sus rayos hilo a hilo.

*Así me dijo México:
—Bienvenido a mi tierra, Eugenio.*

(GUADALUPE)

*Los azulejos del Pocito
brillan al sol
con el azulcerca del cielo
y el azuldentro de Dios.*

(DE MÉXICO A PUEBLA)

*Abajo está el nopal
con su espina y su polvo
y hasta vemos el águila
si miramos un poco.*

*Pero arriba en la cumbre
del Puerto del Aire
los pinos andan juntos
para calentarse.*

(BARROCO)

*Antonio: si una iglesia
me regalaran,
ustedes que ya tienen
tántas y tántas,
¡qué juego de angelitos
y de pilastras
en el barroco serio
de La Habana!*

(LA MUJER DORMIDA)

*Y tanto que quise verla
y tanto que se escondía.
Apenas aparecía
entre las nubes de perla.
Una vez al sorprenderla
en la luz de la mañana
me entregó su nieve grana
en el escorzo del cielo
como quien recuesta el vuelo
al marco de la ventana.*

(BARROCO)

*Tepozotlán y Tonanzintla:
dos universos de cabezas
cada una en su cielo fija.*

*Tonanzintla y Tepozotlán:
con el oro bailan los ángeles
al paso de la eternidad.*

(GUADALAJARA)

*Este cielo, tan cielo,
qué parecido al otro,
al que es mi cielo.*

(PALABRAS)

*Español de México:
tan claro, tan discreto,
tan como recién hecho
y tan de tanto tiempo.*

(POESÍA)

*Aquí hirieron a Cetina
—buen colofón al madrigal—
tal vez por unos ojos claros
como aquéllos del dulce mirar.*

Nueva York.

E U G E N I O F L O R I T

HORUS, EL HALCÓN

PLEGADO en su piedra,
 antes de emprender el vuelo imposible,
 luciente y negro como un pensamiento,
 Horus se embarca a no partir.
 Y queda enhiesto, tenso, oblicuo,
 y su emblema resbala luz
 y sus facetas quiebran el día
 y su pico muerde azul — obstinado.
 En su relámpago,
 certero anillo de lo hondo,
 el pájaro es su propio puño.
 Rauda señor. Erigida,
 implacable onda de amor, de odio,
 el interno dios emerge en oleadas
 desde la piedra interna
 al agua de la piel.
 Y un corazón le late en el basalto
 concéntrico:
 cebolla de la eternidad
 cada vez más ceñida
 a un intrincado nudo
 de luz y de reflejo.

El dios se contempla. Se exalta.
 El dios se recorre. No acecha.
 No deja de participar. No es anterior.
 Horus entonces crece en sí,

es el crecimiento.
 De los días en los días.
 De los hombres por dentro de los hombres.
 De la voz, de los inmensos ecos
 desatados por siempre.

Y un silencio de épocas
 aflora en las canteras
 negras de eternidad
 de este puño siniestro,
 este azor incendiado
 sin halconero: espejo de su alcándara.
 Sin vetas en el tiempo
 ni en la piedra compacta,
 idéntico a su siempre.

Recorrido de esencia como estremecimientos
 el duro Halcón flamea sus ojos laterales:
 soles negros y glaucos.
 Y más allá del odio se embandera
 de absoluto y de éter como una interna música.

En la luz angular
 en que la noche no es más que el no
 de un sí absoluto,
 el pájaro se vuela por sí mismo
 remando acompasadamente sus enjutas alas.
 Pico agudo en el aire enrarecido,
 Horus se desarrolla como un teorema.

Y pudiéndolo todo
 se atiene a piedra negra. Se limita.

ANUBIS, EL CHACAL

ESTÁ echado, de perfil,
 sello de su augusto olfatear calmo.
 Dios al acecho de lo tétrico,
 agudo triángulo de hocico,
 duras patas óseas al frente,
 alerta infinitamente de sí
 el Chacal no duerme
 en su país plano de signos.

Gran ojo despierto
 vela entre dos sueños eternos
 y aúlla en su dibujo sereno,
 implacable. Aúlla
 a vientos nocturnos,
 lunas que no lo ven, lo huelen:
 ácido, áspero,
 animal dios latente.

En su eternidad
 él no se mueve, es su propia idea,
 es su recuerdo,
 y goza en consumirse ardiendo
 para adentro,
 en inscribirse cada vez más duro
 en los basaltos,
 las piedras favorables y rubias
 como las cornalinas de los sellos,
 o los agudos
 lapislázulis fríos como el sueño.

El Chacal desdoblado,
 dios nocturno despierto
 como un perro fatídico,

se consume, subsiste
 en su permanecer.
 No hay fuente en él,
 no hay flor, estrella, magia,
 maravilla del signo,
 mar, río inflamado al sol,
 no hay nenúfar, pez,
 salto, vida, lujuria.
 Su tiempo dura espacio.
 Resiste su puñal de fauces
 hacia la izquierda:
 espejo de la eternidad.

BASTET, LA GATA

VERTICAL en sus largas patas,
 frontal como el misterio,
 suspendida de un invisible cielo,
 produciéndose como un surtidor silencioso,
 la Gata se hila fuera del tiempo:
 su carne, abstracta,
 sus ojos azufrados y permanentes,
 sus ojos tendidos a no ver.

Estatua de su pregunta
 la diosa se propone.
 Y no ha nacido, ni ha tenido un origen
 sino que como el desierto
 aparece a los ojos atónitos,
 deja ver su transubstanciación.

*Ella está. Todos los atributos
que se le puedan predicar
son superfluos.
Y la potencia es tal,
que no se ve.*

*Cristal del no,
estado de la gracia equilibrada,
hilo del ignorar y del saber, tejidos.*

*En resonantes mañanas de la arena,
en noches tamizadas de luna
como una polvareda persistente,
en crepúsculos súbitos
o amaneceres verticales
(luz negra, luz gris, luz amarilla)
la diosa crece en su ámbito
y un gran maullido resuena contra los arenales.*

Un gran maullido tácito.

París.

DAMIÁN CARLOS BAYÓN

LA PRIMERA MUERTE

MI madre murió pronto. No murió en casa, sino en un Hospital de Carabanchel. Fuimos todos los hermanos a verla el día que la habían operado, sin saber todavía que había muerto. Me pusieron los zapatos nuevos, que me apretaban mucho. Los demás también iban endomingados, sobre todo Elisa, que estrenaba un sombrero malva, de ala muy ancha, cuajada de cerezas y flores. Tuvimos que perder dos tranvías porque ya traían gente y no podía pasar ella, tan grande resultaba el sombrero. Era poco después de comer, a fines de marzo, primavera iniciándose. La Catedral, gris y arrinconada detrás de los puestecillos; el teatro de Novedades, la Fuentecilla, nunca se ve por qué se llama eso la Fuentecilla. El tranvía bajaba despacito la pendiente de la calle Toledo, pasaba por debajo del arco grande de la Puerta y luego runroneaba monótono toda la cuesta hasta el río. El gasómetro, el túnel del tren de circunvalación (nunca se ven trenes de viajeros por aquí), la Glorieta de las Pirámides (esas estatuas son iguales que las de la Plaza de Oriente), y el Puente de Toledo, humos de fritangas, el fondo de cementerios, las primeras acacias verdes, y el tranvía que, al acabar la cuesta, soltaba los frenos y se precipitaba, derrengándose.

Cruzado el río, ¿por qué pasa tan de prisa el puente?, no se ve nada; es que sólo hay una vía, no preguntes tanto, otra vez la lentitud de la cuesta arriba. Los dos asientos paralelos del tran-

vía, observándose, me gustaba balancear las piernas en el aire. Los Mataderos. Se empieza a ver la sierra, quedan atrás los cementerios. El cruce con el trencillo de los Ingenieros. La plaza de toros de Vista Alegre. El Hospital Militar. Hay que andar un poquito, los zapatos me aprietan. Antes de llegar cae un chaparrón, nos refugiámos en un portal, el sombrero de Elisa no puede mojarse. Estamos cerca, Entre los desmontes se ven las torres de Madrid, suave tras la lluvia. En una descampada damos la carrera hasta el Hospital. Jardinitillos al frente, estanque redondo con peces de colores, olor a medicinas, monjas, algunos soldados con muletas, con la cabeza vendada, son de África, y desgraciados, los han herido los moros, y por qué los han herido los moros, y ven por aquí, no te manches, es que no puedo correr más, me aprietan los zapatos.

En lo alto de la escalinata estaba mi padre, esperándonos. Nos acercamos corriendo, y: Dorotea, distraiga usted al niño por ahí; Dorotea me lleva a rastras por otra escalera que hay enfrente, y no tires tan fuerte, no seas bruta. Me vuelvo hacia atrás y veo a mi padre que abraza a mi hermano mayor, y a Elisa que llora a grandes gritos, que se cae, el sombrero se le vuelca, rebotando en la barandilla, sobre el verde (mira, vamos allí, se le ha caído el sombrero a Elisa, se le va a mojar), y todos se entran llorando. Me llevan a una habitación donde hay unas señoras que no conozco, preguntan ¿es éste? señalándome, me dan caramelos, yo quiero ir a recoger el sombrero, Dorotea solloza por algo que le cuenta una monja, y todas aquellas señoras me miran, suspiran retorciéndose en la silla, y dicen muy ñoñas pobrecito, tan rico, tan pequeño, y ¿no vas a la escuela? y ¿qué sabes de geografía?, yo digo alguna palabra porque las señoras se rien y Dorotea me riñe. Y qué vamos a buscar el sombrero

de Elisa, que ella no lo cogió, y quitame los zapatos, me duelen mucho los pies, y a qué huele aquí. Entra otra monja altísima, pregunta si soy el pequeño, y dice que me lleva a verla, y cómete esta naranja, ¿cuántos años tienes?, y yo no digo nada, me duelen los pies, Dorotea es una llorica y las señoras no dejan de suspirar y de decir, pobrecito, tan pequeño. Aparece mi padre, haz que me quiten los zapatos, Dorotea no ha querido ir a recoger el sombrero, por qué lloráis todos, qué ha pasado, yo quiero estar con vosotros. La monja tira de mí, y mi padre dice que no, que no me lleven, que soy pequeño. Siempre hoy con esa historia de que soy pequeño. Oigo llorar a Elisa en una habitación, entro sin que me noten, mientras hablan la monja y mi padre, y veo a todos, qué oscuro está, lloriqueando, y en una cama veo a mi madre, muy quieta, como cuando yo la veía dormida en casa, algo despeñada, y un olor. Tiran de mí por detrás, la monja me lleva al jardín, rompo a llorar, que me duelen mucho los pies, y pobrecito otra vez, y, arrastrándome, te daré de merendar, pronto te irás a casa. Hay tormenta, llueve grueso, me acuerdo del sombrero de Elisa, ya lo habrán recogido, hombre, no te pongas pesado, vamos a la capilla a rezar por mamá. Bueno, vamos, pero me siguen apretando los zapatos, y gimoteo, y siempre yéndome. Elisa viene por mí, me llevan en un coche a casa. El sombrero abollado está en el asiento, y nos apretamos todos dentro del auto, inútil preguntar, me descalzo y me dan un cachete, y lloro más fuerte, lloramos todos. Dorotea dice a Elisa que se calme, porque si no le va a dar otro ataque de nervios y quién se va a encargar de tanto, y quién va a ir a las esquelas, más bullente lagrimeo, el entierro mañana y no podremos ir todos. Todos discuten, todos quieren ir al entierro, todos están de acuerdo en que el

niño no. Y ya en casa, el niño no, que se lleven al niño, ropas para el tinte, y el niño no, solamente mañana no. Todo anda revuelto, todos hablamos solos sin saber por qué, viene mucha gente, por qué me querrán llevar todos a sus casas aunque esté descalzo, y no me atrevo a preguntar por ella, adivino que hoy no se merienda, quizá no se va a merendar ya nunca más, quién sabe si tampoco otras cosas ya nunca más. Y aprieto entre mis dedos con una oculta alegría, un par de cerezas del sombrero, son de cera, medio deshechas ya, y destiñéndose.

Salamanca.

ALONSO ZAMORA VICENTE

CeDi

PRÓLOGO A UNA ANTOLOGÍA AUTOBIOGRÁFICA DE BERNAL DÍAZ

"...que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra..."

ENTONCES, Bernal el Viejo se solazaba en la plaza de Santiago de los Caballeros, gozando de su prestigio de conquistador antiguo, el más viejo de cuantos habían trabajado en la conquista de la Nueva España. Ninguno, ya por el año de 1550 había sobrevivido las tres grandes aventuras consecutivas de Hernández de Córdoba, de Grijalva y de Hernán Cortés. Sólo él se pavoneaba, como buen viejo, y asombraba a los jóvenes insolentes y burlones con sus prolijos cuentos y la memoria jugosa de multitud de hazañas.

Repartía la vida entre la casa de la ciudad, la plaza, lugar de vanidades, el Cabildo y su encomienda de indios, ya mansos y trabajadores. Así andarían los años, dándose aires de capitán, de alférez, de hombre de confianza y de consejo, hasta que por un azar cayó en sus manos la remaldita *Historia* escrita por el fraile latino, relamido y obsecuente que era Gómara. La vida se sacudió hasta lo más hondo. Ya no pudo ni con el sueño y los hábitos y las costumbres diarias se suspendieron polarizada toda su actividad en esos infolios impresos en España en 1552. La lectura se hacía intolerable; las mentiras, las exageraciones y las lagoterías lo sacaban de casillas. Las indudables manotadas a las barbas, las blasfemias y los sarcasmos debían interrumpirla a cada rato. Cortés haciendo todo, ordenando, quemando las naves, pensando e imaginando todo lo que en ver-

dad había discutido, aconsejado y realizado el común; Cortés con ayuda de santos venciendo indias numerosas; un ejército de pecadores favorecidos por el señor Santiago y la Virgen María; Cortés triunfando como por milagro, sin que Gómara mencione el esfuerzo de tantos capitanes, ignorando el nombre de tantos hombres, entre otros el de él: alférez, capitán dubitativo y confuso, soldado llano, de espada y rodela, sin dudas. Y Cortés, Cortés, Cortés, como si el ejército fuera de sólo él y los santos que le ayudan a vencer y los indios un hato de tontos o de individuos maniatados y sin vigor. Y Gómara con sus palabras pierde y ofusca la atención de Bernal, que no estima las palabras y sólo busca la verdad, la pura verdad que él vio con sus propios ojos, que olió con sus narices y que urgó con su espada en las entrañas de los indios rebeldes y envejecidos en sus idolatrías. Gómara, el latino, el pulido y retórico, apoltronado en España, que ni siquiera sabe cómo grita un indio, que no aspiró los aires de la Nueva España, ni supo qué cosa espantable era el Huichilobos y el Tezcatlipoca, ni escuchó la desesperación de los españoles que morían en las calzadas en la triste noche, Gómara que come de la mano de Cortés, de quien es su clérigo, su criado, meterse a escribir lo que no vio ni supo sino de oídas! Y a él tan luego, que sin latines y sin otra cosa que su espada anduvo haciendo riza y estrago entre los indios, que cansó el brazo matando, que vio a Moctezuma en sus prisiones, a él tan luego, tan ignorado en esas páginas, tan del común que ni se lo menciona, a él, el más viejo, el más sobreviviente, salirle con tantas galas y embustes.

No vivió ni comió; descuidó sus indios de encomienda que vivieron pescando y cazando como antes, procreando como en los montes, que volvieron al ordenado compás de sus mitotes, Bernal, en la ciudad, ante los papeles, estaba dedicado a la dura y trabajosa tarea de enmendar la plana

a Gómara, corrigiéndole las cifras, nombres y accidentes, negando que la sangre enturbiara el agua fresca de una fuente por más tiempo que un credo. Comenzó ensañándose en los mínimos detalles, en las precisiones del veterano, del hombre que conoce el paisaje y los litorales, el gesto y la voz de los hombres, que se siente un poco padre de la aventura y de la Nueva España. Pero escribiendo, sin embargo, luego de pasado el furor de la lectura, vino la quietud y hasta el olvido de Gómara. El viejo se puso a hacer memoria y la paz, la dulzura de los recuerdos le fueron ganando, juntando sus días, apretándolos en haces de años jóvenes, llenos de fuerza, de avidez, de desprecupación y de futuro. La memoria fué haciendo ese otro milagro de recordar como con lupa, con precisiones, con colores y olores, como si estuviera viviendo de nuevo. Y el rencor, la vanidad que sin dudas alentó en muchas de sus páginas lo volvieron, engañado, hacia el pasado, hacia los hombres que rodearon su vida, que lucharon a su lado, que se murieron ante él, a las tardes de siesta en que sembró las primeras semillas de naranja en la Nueva España. Lo que empezó por ser un propósito limitado se convirtió poco después en la única heredad que dejaba a sus hijos, el testimonio completo y orgulloso de la vida heroica, hasta allí donde los tiempos, los gustos y el pudor dejaban contar. Hasta donde comienza el miedo y el amor. Gómara, que se menciona y se rectifica, a veces en errores inexistentes, ya no es más que un pretexto, la justificación necesaria de una tarea para la cual ingenuamente Bernal se creyó poco dotado. La *Historia verdadera* es ahora la más amplia y completa probanza de méritos y servicios que conocemos, testimonio de memoria florida, de riqueza de viejo que se suelta sobre los papeles, riqueza trascendida de una poesía honda y fundamental que Bernal llevó escondida durante muchos años. Escribe con nostalgia, ablandado por

el recuerdo, con minucias y precisiones de un diario, con determinación de nombres, de provincias y de apodos, de oficios y radicaciones, con ecos de campamentos, de habillitas y de malicias. La guerra es lo que lo deslumbró; la algarabía de los combates, su desorden, las flechas que llueven y se confunden con las langostas, las caras almagradas y frenéticas de los indios, parecen haberse quedado definitivamente en el fondo de sus ojos, que se entrecherran mientras escribe, para ver con mayor nitidez y poder afirmar que no era el apóstol el que cabalgaba un caballo castaño sino Francisco de Morea. Nombres y hechos le acudían a la memoria, a la punta de los dedos que empujaban la pluma, de manera tan tumultuosa, que no daban reposo. Y cuando escribía, a veces era tan aguda la sensación que evocaba, tan viva la acción, la figura o el rostro que veía, tan vívida era la imagen, que se le venía hasta con el olor de las maderas, los colores, las exactas palabras, tan nítido todo que se sentía como apesadumbrado por el milagro y se resignaba a no luchar con las palabras, y a escribir tan sólo que le parecía estar viéndolo. Pudo haber escrito cuatro volúmenes más, llenar páginas y páginas con los recuerdos y las memorias que le parecieron inútiles, vanas y fuera de tema. Pudo decir tantas cosas que estimó ociosas y aburridas para los caballeros que sin dudas le leerían, que su libro se hubiera convertido no ya en uno de los mayores libros de la literatura americana, en uno de los libros más vivos a fuerza de ser impensado literariamente, sino en el más rico catálogo de hombres, de hechos y de circunstancias de la vida total.

Años debió durar la tarea. Cuando se resolvió a concluir, luego de la asombrosa convocatoria de la mayor parte de sus compañeros de las tres expediciones, capítulos llenos de nombres, de sobrenombres, de nombres de lugar, de mujeres, de hijos y hasta de fecundidades, Bernal debió sentirse como perdido, sin saber ya qué hacer. Enton-

ces buscó camorra de viejo con los letrados que se atrevieron a dudar de sus papeles, tal vez burlando de sus páginas pobres de estilo pero cuajadas de verdad, duras y firmes como la piedra. Lo que no supo Bernal, lo que no alcanzó a imaginar es que en algunas de sus páginas abrió grietas, pequeñas ventanas sobre ese mundo personal y recóndito que hombres como él no gustaban mostrar, ese mundo grande y fundamental de los sentidos y de la poesía. Mundo casual en su *Historia verdadera*, mundo involuntario, breve pero jugoso y más verdadero que toda su memoria y toda su verdad heroica. Queremos ahora atrapar ese mundo, juntarlo en unas pocas páginas, porque nos parece más eterno, más cierto, más veraz que todas las batallas y todos los reencuentros.

ANTOLOGÍA¹

"...QUE POR OTRO NOMBRE LE LLAMABAN EL GALÁN..." — "Bernal Díaz del Castillo, vecino y regidor de la muy leal ciudad de Santiago de Guatemala, uno de los primeros descubridores y conquistadores de la Nueva España y sus provincias, y Cabo de Honduras e Higueras, que en esta tierra así se nombra; natural de la muy noble e insigne villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor que fué de ella, que por otro nombre le llamaban el Galán, y de María Díaz Rejón, su legítima mujer, que hayan santa gloria..." (T. I, cap. I, pág. 50.)

PRÓLOGO, QUE ES EL FINAL — "...mas lo que yo ví y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente,

¹ Los trozos transcritos pertenecen a la *Historia verdadera*. Indicamos en cada caso tomo, capítulo y página.

sin torcer a una parte ni a otra, y porque soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír, y por ventura no tengo otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación..." (T. I, cap. I, pág. 49.)

"SOY EL MÁS ANTIGUO DESCUBRIDOR..." — "Digo que ningún capitán ni soldado pasó a esta Nueva España tres veces arreo, una tras otra, como yo; por manera que soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en la Nueva España, puesto que muchos soldados pasaron dos veces a descubrir, la una con Juan de Grijalva, ya por mí memorado, y otra con el valeroso Hernán Cortés; mas no todas veces arreo, porque si vino al principio con Francisco Hernández de Córdoba, no vino la segunda con Grijalva, ni la tercera con el esforzado Cortés." (T. I, cap. I, pág. 53.)

"...SIEMPRE TUVE CELO DE BUEN SOLDADO..." — "...siempre tuve celo de buen soldado, que era obligado a tener, así para servir a Dios y a nuestro rey y señor, y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida, e ir de bien en mejor..." (T. I, cap. I, pág. 53.)

¡OH, QUÉ TRABAJO! — "¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar, sino los que han pasado por estos excesivos trabajos." (T. I, cap. III, pág. 68.)

FLECHA Y LANGOSTAS EN UN PRADO. — "Acuérdome que cuando estábamos peleando en aquellas escaramuzas por mí memoradas, que había allí unos prados y en ellos muchas langostas de las chicas, que cuando peleábamos saltaban y venían volando y nos daban en la cara, y como eran muchos los indios flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, nos parecía que eran algunas de ellas langostas que volaban, y no nos rodelábamos, y la flecha que venía nos hería; otras veces creíamos que eran fle-

chas, y eran langostas que venían volando; fué harto estorbo para nuestro pelear." (T. I, cap. IX, pág. 82.)

LA SIESTA Y LOS PRIMEROS NARANJOS. — "Cómo yo sembré unas pepitas de naranja junto a otra casa de ídolos, y fué de esta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, fuímonos diez soldados a dormir en una casa alta de ídolos, y junto a aquella casa las sembré, que había traído de Cuba, porque era fama que veníamos a poblar, y nacieron muy bien, porque los papas de aquellos ídolos las beneficiaban y regaban y limpiaban desde vieron que eran plantas diferentes de las suyas; de allí se hicieron de naranjos toda aquella provincia." (T. I, cap. XVI, pág. 98.)

"...POR DARLES MAL AÑO DE ESTOCADAS..." — "Yo dije: «Diego de Ordaz, pareceme que podemos apechar con ellos, porque verdaderamente siente bien el cortar de las espadas y estocadas, y por esto se desvían algo de nosotros, por temor de ellas y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas y tantas piedras como granizos». Y respondió que no era buen acuerdo, porque había para cada uno de nosotros trescientos indios; y que no nos podíamos sostener con tanta multitud; y así estábamos con ellos sosteniéndonos. Y acordamos de allegarnos cuanto pudiésemos a ellos, como se lo había dicho al Ordaz, por darles mal año de estocadas, y bien lo sintieron, que se pasaron de la parte de una ciénega." (T. I, cap. XXXIV, págs. 144-145.)

¿A NOSOTROS, ESPAÑOLES...? — "Aquí es donde dice el coronista Gómara que cuando Cortés mandó barrenar los navíos, que no lo osaba publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Montezuma. No pasó como dice, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provecho y guerras?" (T. I, cap. LVIII, pág. 223.)

"...COMO SOMOS HOMBRES Y TEMÍAMOS LA MUERTE..." — "Y desde que aquello vimos, como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los

demás, nos confesamos con el padre de la Merced y con el clérigo Juan Díaz, que toda la noche estuvieron en oír de penitencia, y encomendámonos a Dios que nos librase no fuésemos vencidos..." (T. I, cap. LXIV, pág. 244.)

"...LA BARBA SIEMPRE SOBRE EL HOMBRO..." — "No sé yo para qué lo traigo tanto a la memoria, sino que en las cosas de la guerra por fuerza hemos de hacer relación de ello, para que se vea cuál andábamos, la barba siempre sobre el hombro..." (T. I, cap. LXXXVI, pág. 321.)

"...PARECÍA A LAS COSAS DE ENCANTAMIENTO..." — "Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y *cúes* y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que sí aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos." (T. I, cap. LXXXVII, pág. 330.)

"...AHORA QUE SOY VIEJO..." — "Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes, y digo que nuestros hechos que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres [ha] habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos soldados (y aun no llegábamos a ellos), en una fuerte ciudad como es México, que es mayor que Venecia, estando apartados de nuestra Castilla sobre más de mil quinientas leguas, y prender a un tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante de él?" (T. I, cap. XCV, pág. 377.)

"ACUÉRDOME QUE OLÍA LA MADERA..." — "...y volvamos a Alonso de Grado, que llegó preso a México, y

quería ir a hablar a Cortés, y no le consintió que pareciese delante de él, antes le mandó echar preso en un cepo de madera, que entonces hicieron nuevamente. Acuérdomos que olía la madera de aquel cepo como a sabor de ajos o cebollas." (T. I, cap. XCVI, pág. 381.)

"COMO EN AQUEL TIEMPO YO ERA MANCEBO..." — "Como en aquel tiempo yo era mancebo, y siempre que estaba en su guarda o pasaba delante de él con muy gran acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Ortega que vine dos veces a descubrir esta Nueva España primero que Cortés, y yo le había hablado a Ortegulla que le quería demandar a Montezuma que me hiciese merced de una india muy hermosa, y como lo supo Montezuma me mandó llamar y me dijo: «Bernal Díaz del Castillo, háñme dicho que tenéis *matolinea* de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza; tratada muy bien, que es hija de hombre principal; y también os darán oro, y mantas». Yo le respondí, con mucho acato, que le besaba las manos por tan gran merced, y que Dios Nuestro Señor le prosperase. Y parece ser preguntó al paje que qué había respondido, y le declaró la respuesta; y diz que le dijo Montezuma: «De noble condición me parece Bernal Díaz; porque a todos nos sabía los nombres como dicho tengo. Y me mandó dar tres tejuelos de oro y dos cargas de mantas.» "...y la que me dió a mí era una señora de ellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca..." (T. I, cap. XCVII, pág. 384.)

"...ME TENGO DE LEVANTAR A VER EL CIELO Y ESTRELLAS..." — "Digo de nosotros estar a punto no había necesidad de decirlo tantas veces, porque de día ni de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antipares, y con ello dormíamos. Y dirán ahora dónde dormíamos; de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera, y el que tenía un toldillo ponerle debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy a punto, y los caballos ensillados y enfrenados todo el día, y todos tan prestos, que en tocando al arma, como si estuviéramos puestos y aguardando para aquel punto; pues velar cada noche, que no quedaba soldado que no velaba. Y

otra cosa digo, y no por jactanciarme de ello: que quedé tan acostumbrado a andar armado y dormir de la manera que he dicho, que después de conquistada la Nueva España tenía por costumbre de acostarme vestido y sin cama, y que dormía mejor que en colchones; y ahora cuando voy a los pueblos de mi encomiando no llevo cama; y si alguna vez la llevo, no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, por que no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar, mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo: que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar a ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin ponerme en la cabeza cosa ninguna de bonete ni paño, y gracias a Dios no me hace mal, por la costumbre que tenía." (T. I, cap. CVIII, pág. 423.)

"...Y TUVE MANERA PARA DESEMBARAZAR EL BRAZO..." — "Y volvamos a los hoyos y aberturas. Digo que fué maravilla cómo no nos mataron a todos en ellos; de mí digo que ya me habían echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro señor Jesucristo, que me dió sin poderme en la cabeza estocadas que les dí me salvé, y bien herido en un brazo; y desde que me ví fuera de aquella agua en parte seguro me quedé sin sentido sin poderme sostener en mis pies y sin huelgo ninguno, y esto le causó la gran fuerza que puse para escabullirme de aquella gencecilla y de la mucha sangre que me salió y digo que cuando me tenían engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba a Nuestro Señor Dios y a Nuestra Señora su bendita madre, y ponía la fuerza que he dicho, por donde me salvé. Gracias a Dios por las mercedes que me hace." (T. II, cap. CLI, pág. 247.)

"...ES COMO SI AHORA LO VIESE..." — "...saber ahora yo decir con qué rabia y esfuerzo se metían en nosotros a echarnos mano es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir que ahora que me paro en pensar en ello es como si ahora lo viese y estuviese en aquella guerra y batalla..." (T. II, cap. CLII, pág. 261.)

"...Y EN AQUEL INSTANTE QUE LAS TAÑIAN CESASEN DE TAÑERLAS..." — "Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta media noche mucho más agua que otras veces. Y después que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañiesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañerlas, y esto digo al propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces unos capitanes mexicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas, otros llamando a los de las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes, otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de aguas y puentes y hacer albarradas; otros en aderezar vara y flecha y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y torres de ídolos los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar. Y desta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si antes estuviéramos en campanario." (T. II, cap. CLVI, pág. 298.)

"...SE ME PONÍA UNA COMO GRIMA Y TRISTEZA EN EL CORAZÓN..." — "Ahora que estoy fuera de los combates y recias batallas que con los mexicanos teníamos de día y de noche, por lo cual doy muchas gracias a Dios que de ellas me libró, quiero contar una cosa que me aconteció después que vi sacrificar y abrir por los pechos los sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los de Cortés, y ofreceres los corazones a los ídolos, y esto que ahora diré, parecerá [a] algunas personas que es por falta de no tener muy gran ánimo para guerrear, y por otra parte, si bien se considera, es por el demasiado atrevimiento y gran ánimo en que aquellos días había de poner mi persona en lo más recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación, cosa era que había de hacer como lo

que los más osados soldados eran obligados [a] hacer, y como cada día veía llevar a sacrificar mis compañeros y había visto cómo les aserraban por los pechos y sacarles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, y de antes habían muerto ochocientos cincuenta de nuestros compañeros, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para llevarme a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder, y acordándoseme de aquellas feisimas muertes, y como dice el refrán, que cantarillo que muchas veces va a la fuente, etcétera, y a este efecto, siempre desde entonces temí la muerte más que nunca; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y orinaba una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su bendita madre y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel pavor..." (T. II, cap. CLVI, págs. 303-304.)

LOS CASTILLOS. — "Quiero decir por qué se llamaba aquel capitán que iba con nosotros por caudillo, Castillo «el de lo Pensado», y es por esta causa que diré: en la capitania que tenía Sandoval había tres soldados que tenían por renombre Castillos, el uno de ellos era muy galán y preciábase de ello en aquella sazón, que era yo, y a esta causa me llamaban Castillo «el Galán»; los otros dos Castillos, el uno de ellos era de tal calidad que siempre estaba pensativo, y cuando hablaban con él se paraba más a pensar lo que había de decir, y cuando respondía o hablaba era una necedad o cosa que teníamos que reír, y por eso le llamábamos Castillo «de los Pensamientos»; y el otro era Alonso del Castillo que ahora va con nosotros, que de repente decía cualquier cosa y respondía muy a propósito de lo que le preguntaban, se decía Castillo «el de lo pensado»." (T. II, cap. CLX, pág. 339.)

TROMPETAS DE CASTILLA LA VIEJA. — "...pues trompetas altas y sordas no hay tantas en mi tierra, que es Castilla la Vieja, como hay en esta provincia de Guatemala..." (T. III, cap. CCIX, pág. 244.)

"... Y DIGO OTRA VEZ QUE YO, YO Y YO..." — "Y porque bastan los bienes que ya he propuesto que de nuestras heroicas conquistas han recrecido, quiero decir que miren las personas sabias y leídas ésta mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que ningunas escrituras que estén escritas en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor; y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta de ellos, y el más antiguo de todos, y digo otra vez que yo, yo, y yo, dígolo tantas veces, que yo soy el más antiguo y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad, y diré con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo y una hija para casar y los hijos varones ya grandes y con barba y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para representarle cosas cumplideras a su real servicio y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas." (T. III, cap. CCX, pág. 250.)

"¿QUISIERAN QUE LO DIGAN LAS NUBES O LOS PÁJAROS...?" — "Y volviendo a la plática, que me dijo el licenciado a quien he prestado mi borrador para qué me alaba tanto de mis conquistas; a esto digo que hay cosas que no es bien de que los hombres se alaben a sí mismos, sino sus vecinos suelen decir sus virtudes y bondades que hay en las personas que las tienen, y también digo que los que no lo saben, ni vieron, ni entendieron, ni se hallaron en ello, en especial cosas de guerras y batallas y tomas de ciudades ¿cómo lo pueden loar y escribir, sino solamente los capitanes y soldados que se hallaron en tales guerras juntamente con nosotros?; y a esta causa lo puedo decir tantas veces, y aun me jactancio de ello.

Si yo quitase su honor y estado a otros valerosos soldados que se hallaron en las mismas guerras y lo atribuyese a mi persona, mal hecho sería y tendría razón de ser reprendido; mas si digo la verdad y lo atestiguo Su Majestad y su virrey, y marqués y testigos y pro-

banza, y más la relación da testimonio de ello, ¿por qué no lo diré? Y aun con letras de oro había de estar escrito. ¿Quisieran que lo digan las nubes o los pájaros que en aquellos tiempos pasaron por alto?" (T. III, cap. CCXII, pág. 265.)

A L B E R T O S A L A S

LETRAS EXTRANJERAS

EL ÁGUILA DE BROADWAY. — El teatro de O'Neill es característico de una época y refleja mejor que cualquier otro documento, ya sea la novela, el cine o la historia, los elementos constitutivos de una diosincrasia. La afirmación puede parecer aventurada. Aunque en sus obras no se mueve ningún personaje histórico o la típica figura representativa de una nacionalidad y no obstante la ausencia de acontecimientos, sucesos o momentos de la vida americana, se encuentra, en ese teatro, la más extendida exposición de los sentimientos de una generación. Precisando, de la generación que asistió, luego de la Guerra de Secesión, al asombroso desarrollo que habría de colocar a los Estados Unidos a la cabeza de las naciones en cuanto a potencial mecánico y material. Las formas y maneras de su "way of living and feeling" han sido transcritas fielmente, quedando patentizado —como en las piedras medievales de Europa— lo primitivo americano. Digo primitivo por primero y por indicador. En cada una de sus obras rige y prima un sentimiento, un paisaje, una sociedad americana, ya sea la neoyorquina o la tejana, la exterior o la que vive dentro y bajo los rascacielos. El elemento dramático interviene como sublimatorio teatral pero el material general es histórico y descriptivo. O'Neill ha hecho con su teatro grandes y profundos cortes expositivos de un pueblo y su ámbito. Si tomamos como ejemplo *El deseo bajo los olmos*, vemos que los hechos dominantes no son producidos por un carácter o personaje como tal individuo, sino por los sentimientos de tipos determinados socialmente. El padre, el hijo conservador que as-

pira a convertirse en dueño, los hijos aventureros que sueñan con alejarse del hogar, la mujer, dividida entre el amor físico y el amor al patrimonio originan el drama más por sus razonamientos y sus intenciones que por sus actos. Othellos, Yagos y Romeos hay en todas partes del mundo pero los personajes de O'Neill pertenecen exclusivamente al "saloon, farm o flat" de Estados Unidos porque la taberna, la granja o el piso americano es su ambiente generador.

Y en esa circunstancia radica no poco de su interés y mucho de su dramatismo. Porque O'Neill es esencialmente norteamericano y sintió como nadie los ocultos resortes espirituales que provocaron la conformación de su país. Todo es difícil en su teatro, fuerte, salvaje; la lucha es dura porque el egoísmo, el deseo de posesión y la indiferencia por el prójimo dominan las acciones de todas sus criaturas. Es el reflejo de un pueblo que puso todo su espíritu en la construcción de enormes carreteras, fabulosas ciudades e incommensurables fábricas. El pionero trabaja con rieles y cemento, se agota en la construcción material de su sueño, pero cuando termina la obra, ésta se ha convertido en su tumba.

O'Neill gustaba compararse con Esquilo y Shakespeare y en algunas de sus obras ha utilizado sus temas, pero nada más alejado del razonamiento espiritual de Creón o de Electra o las razones cerebradas de Lady Macbeth o Hamlet que el primitivismo del americano. De sus obras, que comenzó a escribir cuando entró en un sanatorio luego de un azaroso deambular por todos los puerros del mundo, la primera, *Bound East to Cardiff* (*Hacia Cardiff*), fué representada por un grupo de aficionados, *The Provincetown Players*, y despertó el interés de los productores de Broadway, que al montar *Beyond the Horizon* (*Más allá del horizonte*) cimentaron su fama. Luego vinieron *El emperador Jones*, *El mono velludo*, *El gran dios Brown*, *Todos los hijos de Dios tienen alas*, *Extra-*

ño interludio, *El luto le sienta a Electra*, *Anna Christie*, *Días sin fin*, estrenada en 1934, y finalmente *Llegó el hielero*, dada a conocer 12 años más tarde. O'Neill obtuvo tres veces el más alto premio teatral de su país, el *Pulitzer Price*, y en 1936, cuando contaba cuarenta y ocho años, la universalidad del Premio Nobel de Literatura. Muchas obras inéditas y otras, aún no estrenadas, completarán algún día el inquietante pensamiento de este profundo observador de la vida. Podemos mencionar la segunda y tercera parte de la trilogía inaugurada con *The iceman cometh* (que podría llamarse *La vuelta de Hicky*) y que han sido tituladas *Una luna para los bastardos* y *Un toque de poeta*; *Long Day's Journey into Night* (*El largo viaje del día por la noche*) que sólo será dada a conocer, por disposición del autor, veinticinco años después de su muerte, y un ciclo de once obras llamado *A tale of Possessors Self-Dissipated* (*Un cuento de propietarios auto-desposeídos* o *Dueños y desposeídos*), que narra la historia de una familia americana.

O'Neill es el más grande y el primero de los autores teatrales norteamericanos y uno de los que intuyó, con mayor profundidad, la paradoja del destino americano. La noche del estreno de *Llegó el hielero*, dijo entre otras cosas: "Creo que América es el mayor fracaso que pueda señalar la historia. Todo le ha sido dado y más que a ningún otro país, pero hemos malgastado el alma tratando de poseer algo exterior, y terminaremos como en el juego, perdiéndolo todo, el alma y lo que tanto trabajo nos costó poseer". Con esas palabras queda extractada su obra y su cometido; en los dramas todo es odio y fracaso, aspeza, tosquedad; los seres, incultos sentimentalmente, viven sacudidos por indómitos deseos; la prosa, cruda y realista, no busca mayores bellezas; los argumentos, simples, tratan de lograr una transcripción directa. O'Neill llevó al teatro de su país un alto espíritu artístico, una intención depurada

y anticomercialista y la filosofía de quien pensaba, con amarga convicción, que el ser humano no puede vivir sin sueños y que éstos, en su confrontación con la realidad, sólo producen la muerte del iluso y sus ilusiones.

El águila de Broadway hizo temblar entre sus garras a millones de espectadores, y aunque la piedad y la sonrisa nunca florecieran en su mundo no puede negarse que obligó a presenciar a menudo durante cuatro horas a qué abismos de desesperación y muerte puede llegar el hombre por el egoísmo, la indiferencia y la incompreensión del hombre.

O S C A R U B O L D I

CALLES DE TANGO

[*María Rosa Lida de Malkiel nos escribe: "Tenía ya lista esta carta a Verbitsky cuando luego pensé que, si se la enviaba, les jugaba a la vez una mala partida a ustedes y a él: a ustedes porque les privaba de una reseña, y me consta que no es menudito quebradero de cabeza para una revista obtener sus reseñas; a él porque ¿para qué decir calladita, en carta particular, algo que me complazco en proclamar, si no a voces, en letra impresa?"*]

BERKELEY, 30 de septiembre de 1953.

Señor Bernardo Verbitsky

Querido amigo:

Ayer recibí *Calles de tango*¹; hoy acabé de leerlo y no resisto a la tentación de enviarle mi parecer.

Me ha gustado. Me parece muy superior, aunque menos ambicioso en apariencia, a los libros que ha escrito usted hasta ahora. Me parece mejor pensado, más estructurado que sus dos novelas anteriores. Veo muy lograda esa a modo de composición musical a dos voces que (si no me engaño) comenzaba a insinuarse en *Una pequeña familia*. De esas dos voces —el grupo y el individuo, el bar y la alcoba, la amistad y el amor, el tango infructuoso en la radio y las situaciones de tango en la vida—, la segunda es muy poética, de melodía cada vez más pura a medida que avanza. Las últimas páginas, tan delicadas y firmes a la vez, me parecieron un himno de salud, de limpieza de alma, no en el sentido de un sermón optimista y decentito, sino en el de la búsqueda elemental de equilibrio y verdad, en el de descubrirse a sí mismo y sentirse por eso con fuerza y aplomo.

¹ BERNARDO VERBITSKY, *Calles de tango*, Buenos Aires, Vorágine, 1953.

De todos los personajes de sus novelas, incluyendo ésta, Luis es el que más me gusta —ese humilde embeleso en el libro de anatomía, ese dón de responsabilidad (que implica abnegación), esa clara bondad. Y también me gusta por sus flaquezas, principalmente por su tentación donjuanesca cuando conoce a Névida, y por la horrible baja de contar en rueda de amigos lo sucedido con ella. El carácter de Névida, apocada y silenciosa, pero tan recia en el escondido que le es imposible la queja y la confidencia, es una admirable muestra más de la simpatía de usted para con los adolescentes, para quienes “es difícil empezar a vivir”. La mamá, en sus cuatro trazos, es un boceto muy feliz, que ha soslayado juiciosamente la caricatura.

Si: me gustó esa novela. Por el momento, Tito ahoga su voz en el taller y la mamá separa a Névida y Luis, pero, acabada la última palabra del libro, no dudamos de que Névida y Luis no se separarán, y de que Tito hará oír su canción a pesar de las triquiñuelas de directores y empresarios. Ya sabe usted qué poco aficionada soy al detallismo local, pero en este libro todo se funde armoniosamente en un mismo aire de tango sentimental (tierno, mejor) y juvenil.

Tengo muchas cosas más que escribirle sobre *Calles de tango*. Por ejemplo, que el título me parece todo un acierto. Y que me gustaría verlo en buen inglés, porque —isotermas literarias de la época— tiene ese lirismo desde abajo, tan propio de la novela y del admirable cuento norteamericanos. Por ahora, baste un afectuoso apretón de manos.

MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

★

EL CAMPO EN UNA NOVELA DE ERNESTO CASTRO

El campo como elemento literario tiene posibilidades ilimitadas; y cuando el tema es tratado con cariño cuya autenticidad no puede ponerse en duda, el mensaje llega siempre al lector.

En la novela de Ernesto Castro¹, el campo es como un personaje mudo y recio, constantemente presente, al cual están ligados los destinos de todos los personajes restantes, sometiéndolos a él, haciéndolos palpitar con su propia vida y sufrir con sus mismos dolores.

En la primera parte es la llanura, “la enormidad rasante del suelo que anula al hombre de a pie”, la que domina. Es muy alto el precio que debe pagarse por su conquista: las vidas de hombres y mujeres que si bien es cierto son casi siempre arrastrados obligadamente a esa lucha, se muestran por momentos magníficos en su entereza o porfiada resistencia. Frente a la hostilidad del desierto y bajo la constante amenaza del malón se afirma la amistad o el afecto hacia la compañera, de sabor áspero pero que ata y retiene tal vez con mayor intensidad porque está fundado en las raíces mismas de la naturaleza.

Empiezan a destacarse bien los tipos: el Coronel Villalobos, el Sargento Soria, Marcelina.

Los momentos mejores están contenidos en esta primera parte: la descripción de la patrulla que espera entre el pajonal la noche misma en que muere el Cabo Bazán en un encuentro con los indios, breve e intensa, casi poética; la muerte del

¹ *Campo arado*. Buenos Aires, Losada, 1953.

capitanejo, baleado cuando intenta en un último acto estéril de orgullo salvaje, librar a su caballo de la afrenta de ser uncido al arado.

Poco a poco, la llanura se va entregando a la paciencia siempre renovada del hombre. El indio se ha sometido o ha sido obligado a replegarse. Llegan extranjeros a trabajar la tierra, espléndida promesa de fecundidad, cruzándola de surcos y alambrados.

Los tipos que habíamos encontrado en los primeros capítulos desaparecen o se desdibujan. Llegan los que deben continuar la obra comenzada: Pancho y Elvira, pero éstos ya no tienen el verismo de sus mayores; su psicología es un poco falsa, un poco elaborada. Ahora ya no pueden definirse, o mejor, sintetizarse tanto los tipos sin deformarlos. Aquéllos, los primeros, eran un poco legendarios; éstos están más cerca de nosotros en el tiempo y podemos juzgarlos mejor; quizás por eso somos más exigentes.

Pancho que ha empezado siendo un renovador, termina siendo un obcecado; su obstinación amenaza ya convertirse en manía. Fuera de toda lógica hace recaer en el hijo su propia desventura, la incomprensión, cediendo apenas al final pero sin entregar nada de sí mismo, sin ternura de padre, casi como liberándose de un compromiso. Elvira, a fuer de dulce, es sometida y blanda.

La curandera, tan explotada en todas las novelas de ambiente campero, fuente maravillosa e inagotable de historias y supersticiones, peca de exageración; conocíamos bien su prestigio y la universalidad de su ciencia prodigiosa, pero nunca hasta ahora la habíamos encontrado brutal.

Todavía hay momentos de emoción como el del duelo criollo, pero son pocos ya y se pierden en la extensión del relato un poco trivial, de situaciones presentadas por el lector pero en las que falta el clima dramático que debe existir en una acción que se precipita hacia un desenlace fatal.

Cabe decir sin embargo que el tema es hondo y muy nuestro; es aquella extensión bravia que fué una vez nuestra pampa convertida en fértil campo arado, la lucha de ideas que es eterna entre viejos y jóvenes; todo, con la nota brillante que pone la figura de Ceferino atravesando la novela como la encarnación un poco fabulosa del gaucha.

MARTHA PILLADO ZAPIOLA

★

P E R I P L O

La postura del lector frente a un poema como éste supone y exige latitud análoga a la que da a *Periplo* su especial resonancia. Carlos Viola Soto¹ ha incurrido en una elección poco frecuente, y que consiste en renunciar a una originalidad de superficie para alcanzar otra de fondo. En vez de aceptar un poema donde cada intuición, cada paso, cada secuencia, se dan por primera vez y con la forma que el poeta les impone o les acepta, Viola Soto ha entendido honradamente que, en su caso, la estructura general que exigiera lo que estaba queriendo decir ya se había dado en un gran poema, *The Waste Land*; y que muchos momentos, muchas instancias de su recorrido poético dentro de esa estructura, tenían formas pre-establecidas que la memoria era capaz de recor-

¹ CARLOS VIOLA SOTO, *Periplo*. Buenos Aires, Botella al mar, 1953.

dar o evocar: esto estaba en un poeta chino, esto en un poeta alemán, esto en un manual de iniciación póstuma. Y he aquí que las citas, las recurrencias, que el escritor mediocre usa siempre para tapar agujeros, en el poeta de verdad adquieren un sentido que trasciende su significado inmediato: connotan la intuición o la necesidad del poeta, pero a la vez revelan su valerosa honradez al acatarlas en vez de buscar una sustitución personal más o menos feliz, y además resuenan pitagóricamente, establecen la relación simpática de la poesía total, de todos los poetas y sus poemas.

Prefiero mostrar de entrada esto que si en parte constituye la técnica de *Periplo*, la trasciende y da la razón esencial del poema: esa soledad entre tantas voces también solas. La "máquina de hacer belleza" —y por belleza no entendemos ya lo que entendían los parnasianos— se ofrece en *Periplo* como un formidable motor donde la yuxtaposición, el engranaje, las lubricadas carreras de bielas y cilindros, la transmisión minuciosamente calculada¹ se conjugan en ese siempre asombroso resultado del avión que remonta vuelo. *Periplo* es así tan científico como una langosta, un salto acrobático o la sonrisa de la Venus Ludovisi; y nada le retaceo si digo que también lo es como una laparotomía o un proyecto de urbanización o desecamiento. Poema pragmático, como lo son siempre los poemas dramáticos, que exigen una orquestación, un sistema —simbólico, sonoro, moral— para integrarse e integrar su resultado. Viola Soto no negará que ha querido darnos algo en *Periplo*, algo vital para él y por ende para nosotros, pues el poeta es siempre la suma de nosotros, la punta del embudo; y cantar no es cantar, aunque el poeta cante para con-

¹ No necesariamente en el tiempo, regla logarítmica en mano; quizá automáticamente calculada por la "inspiración", quizá como el salto instantáneo del tigre que cae justo donde quiere.

tar. Ya se ve que reitero aquí la diferencia illustre entre lírica y drama, entre paisaje e historia. Donde un poeta lírico ve una nube, poetas como Viola Soto ven lo que vela Ixión. Pero la diferencia esencial que hace de un relato un poema, está en que el hombre capaz de crearlo no *sustituye* la nube del lírico por la diosa que desea Ixión, como lo harían el cronista o el cuentista; entre su cuento y su canto hay alianza, coexistencia. Como en Wagner, si se quiere —para jugar a las correspondencias, juego peligroso pero lleno de ángel.

Así la lectura de *Periplo* tendrá sentido a condición de que su lector no pertenezca a la inocente categoría de los que creen, entre otras ilusiones teleológicas y sociales, que el poema debe ser siempre una obra de beneficencia, una lección o una ilustración de validez general, apoyándose en la ya aburrida aserción de que Homero cantaba en los fogones, y que cada pastor griego compartía con el más acicalado de los estadistas áticos el placer de los recuerdos de la guerra troyana. La mejor poesía contemporánea es más que nunca tarea de pocos para pocos. Es una lástima, pero la culpa no la tienen los poetas ni los lectores. Como el precio del trigo, como las explosiones en Las Vegas, la situación personal y colectiva de los que leerán su poesía es ajena al poeta; en este caso Viola Soto narra, muestra, sentencia, y creo que trasciende un viaje de lujo, el viaje de un "Odiseo bárbaro" que se mueve entre cosas tan poco bárbaras como el Ponte Vecchio, la Gare de Lyon, Santa María Novella, Apollinaire, Eliot, Rilke, Tristán, Ovidio y el Quartier Latin; y los que lean *Periplo* con esa insolencia afín a toda ignorancia, que no acepta que la poesía y las artes la hayan dejado irremediablemente atrás (pues antes, al menos, había compromisos, puntos de contacto, acomodos), no verán en él otra cosa que un centón más o menos aclarado por el autor en sus notas finales. No verán

lo más importante, y es que Viola Soto ha usado aquí sus recuerdos de otra poesía como el músico los timbres instrumentales, orquestando con ellos el poema, que también por esto coincide con la noción de obra sinfónica, de *concertación*.

Poema lujoso, pues, y acaso "bárbaro" por exceso de lujo, por la necesidad fetichista y erótica de desplegar los ídolos, de recibir al lector como un reyzeulo negro, con todos los collares, la galera de copa, el paraguas y las ajorcas. En ocho breves cantos el poeta acumula en una casi insoponible tensión a los testigos de su carrera, del periplo esencial, de la consulta a las fuentes. "Todos los amores son uno", explicará en las notas, "una búsqueda eternamente frustrada del único amor, asesinado en una cruz". Y concluirá que sólo se alcanza unidad en la dualidad, en la pareja, ya que "el verdadero castigo no consiste en la expulsión, sino en el desdoblamiento original". Pero en él no se logra esa unidad que el símbolo incesante de Tiresias burla, insinúa, desmiente y rechaza; para él no hay más que una persecución entre espejos, un alcanzarse para perderse, un continuo, minucioso despedazamiento personal y ajeno bajo la luz desnuda de la belleza, bajo la peor luz, la luz-testigo de Italia, de París, de los mármoles y las lagunas de Venecia. (La intensidad especialísima de *Periplo* nace, me parece, de la misma aparente incongruencia que da su prestigio a lo mejor de la pintura surrealista; quiero decir a la presencia del horror en medio de la fiesta, del señor que se ajusta los tiradores en un paisaje a lo Millet, rodeado de modestas doncellas en traje de fiesta.)

Equinoccio, el primer libro de Viola Soto, mostró en él un frío desamoramiento erótico, una amarga aptitud para las comprobaciones que siguen a las ilusiones, una técnica de autopsia que empezaba lealmente por sí mismo para acabar en el alto personaje a quien se invoca en el final de *Periplo*:

¡Oh Señor,
Despójate del ridículo frac
Y cae como la lluvia sobre mí!

Ni el poeta ni sus lectores ignorarán que el signo de Sade y de Baudelaire preside esta oscura y necesaria justicia poética, esta confrontación del hombre solo, del pre-adamita, con las estructuras teológicas y teleológicas puestas en práctica bajo la forma de sociedades. Una vez más el terrible, pueril desafío de Lautréamont sube a un cielo distante, sordo, mudo, perfecto de negaciones, atabacado de incienso. Lo que *Equinoccio* proponía en un plano de recortada experiencia solitaria, *Periplo* va a intentarlo con una ambición generalizadora que se adivina en el uso de símbolos con valor universal; no ya Viola Soto, Carlos; sino Odiseo y Tiresias y Elpenor y Palinuro y Beatrix. El procedimiento (hagamos a nuestra vez una biopsia) tiene los inconvenientes de toda mitología, de todo papel moneda: simplifica las operaciones pero las priva de personalidad y de interés. Pagar con diez pesos es más cómodo que con un jarro de aceite. Ah, pero el perfume, el sabor de ese aceite del que nos privamos para que nos den en cambio alguna otra cosa... A la impertinente observación académica de que "Odiseo" es siempre más rico en valores que "Viola Soto, Carlos", contesto dándole la mano a este último. Y si comprendo de sobra las razones que lo han movido a hacer jugar las grandes sombras en su pequeña historia personal, lamento que no se haya decidido a correr el albur de *nombrar sus sombras*, dándoles sus nombres, los propios o los inventados, pero suyos; como Lautréamont, para recordarlo otra vez, o William Blake.

Se advertirá que este reparo a los símbolos no se hace extensivo a las alusiones y a los versos ajenos contenidos en el poema. Empecé señalando la honestidad de Viola Soto al no rechazar los fragmentos que forzosamente se le imponían, al

optar por el mosaico en vez de la pintura, ya que estaba seguro de que aquél alcanzaría la misma autenticidad que ésta, y que lo auténtico es un valor malamente mimado por lo original, en cuyo nombre se llevan cometidos crímenes numerosos. Pero la acumulación de estos armónicos, eficaces en todas las memorias, junto con la presencia cargada de tensiones de los símbolos incorporados, requerían para pasar de la analecta al poema un catalizador tan eficaz, tan violento como lo es la poesía de Viola Soto. No siempre ha logrado éste la cohesión de los elementos que concitaba; y ello en parte por razones técnicas, de forma. Cierto que los lectores de *Periplo* sabemos bastante bien los idiomas necesarios para aprehender las citas sin perder el ritmo del poema; pero esta gimnasia es siempre violenta, lo era en *The Waste Land* y en Joyce, y lo será siempre por una razón bastante simple: la de que en realidad no hablamos como pensamos, sino que pensamos como hablamos, y la estructura de un pensamiento no se deja sustituir instantáneamente por la de otro, con lo cual dos versos en diferente idioma serán siempre centripetos, hostiles, chocantes. El placer que puede darnos encontrarlos es más de orden intelectual que poético, tiene algo de satisfacción vanidosa al resolver rápidamente el problema —ajedrez de palabras. (La prueba está en que como no sé latín, me irrita no entender el epigrafe de Ovidio, y titubeo tristemente en el pasaje de Rilke —donde, ya que estamos, sospecho que falta el verbo.)

Por esto, y por mucho más, Viola Soto me comprenderá (aunque no esté de acuerdo) si prefiero lo suyo a lo ajeno, la *rengaine*, la queja sorda como una llovizna, la sucesión tan íntima de zaguanes, de malecones turbios, de torpezas innúmeras, de haber pagado el crimen con sucios billetes tomados en préstamo; y que lo prefiero porque es lo que queda de veras en la memoria cuando se acaba, al lado del poeta, el

amargo periplo. Más que las geografías prestigiosas, más que los encuentros solemnes en el Hades, es casi increíble cómo de tan densa orquesta, de tan sutil y entretrejida malla de timbres y colores, queda al final el recuerdo de un acordeón de ciego, el aserrín de un bar de marineros, el gusto del agardiente barato, el hipo de un llanto en una pieza de hotel. Creo, después de todo, que esto es lo que justamente sospechó Jean Giono de la *Odisea* cuando escribió su "Naissance"; lo que nos hace más entrañable el *Quijote* es el olor a ajo de las ventas, las palabras de Sancho a su pollino, la humanidad de todos los días de los poetas que nos dejan viajar con ellos porque somos ellos y ellos son nosotros.

Roma.

J U L I O C O R T Á Z A R

DANZAS PARA LA VOZ

LA necesidad de manifestar poéticamente los sentimientos que conforman la capacidad intuitiva del hombre, lleva al mismo a expresarse con elementos simbólicos unas veces y otras con palabras o frases puramente naturales, que brotan sin rebuscamiento, es decir que unas veces el poeta crea metáforas en cada uno de los versos del poema o las construye haciendo del poema una sola y total metáfora.

Oscar Aguirre, consigue ambos fines en su libro

de poemas ¹ y lo hace sin buscar la imagen decantada, espontáneamente, librado a su sensibilidad, a su pasión pura; por momentos se lo encuentra creando una metáfora tras otra como en el poema *Danza de la búsqueda* o dándola a través de todo el poema como en *Danza del retorno*. En ambos casos Aguirre reconcilia al lector con la poesía culta y con la poesía popular, en una interesante amalgama. *Danzas para la voz*, su libro de poemas, toca con natural precisión y sencillez esa cuerda de la lírica donde planea una constante melancolía, nunca trágica, del hombre sobre la tierra que quiere ofrecer su grandeza y su miseria.

La técnica literaria que utiliza Aguirre si por momentos cae en una insegura continuidad emocional, alcanza por otra parte una intensa racionalidad que permite superar esas incipientes tentativas de tono filosófico, ya que, por ser el primer libro que publica y por demostrar en él unas plausibles condiciones creacionales, han de ser superadas en sus próximas entregas, cuando el poeta sin ataduras de temas o de ideas, ofrezca su poesía madurada y pulida.

Danzas para la voz presenta a un poeta y lo hace con todas esas sutilezas que la crítica media cree que son imperfecciones, pero que en realidad son las bases sobre las cuales toda la obra futura se sustentará, salvándolas y perfeccionándolas.

Lo importante, en este caso, es que Oscar Aguirre se inicia meritoriamente (no digo más o menos bien), y con ello ya está dicho que su libro reúne cualidades interesantes, porque es un libro de poesía y anuncia trabajos posteriores de importancia.

GREGORIO SANTOS HERNANDO

¹ OSCAR AGUIRRE, *Danzas para la voz*, Edición del autor, Buenos Aires.

La tarasca la remonta



ALCIDES GAMBERTI

AÑO II, NÚM. 15

DICIEMBRE DE 1953

✠ EL 30 DE DICIEMBRE SE CUMPLEN 10 AÑOS de la muerte de Eduardo Jorge Bosco. No se ha empañado su voz profunda, no se han olvidado su figura ni sus gestos. La generación de escritores a que perteneció, y que aceptó su prestigio antes de conocer su obra, lo ha incorporado definitivamente al grupo de los mejores. Sus amigos, los que se acercaron a su dolorida intimidad, han sentido cada vez más, con el paso de los años, la seguridad de sus convicciones, la certeza de sus entusiasmos, el valor de sus actos. Hoy, su vida y su obra duelen y admiran con el peso de una lección.

✠ EUGENE O'NEILL HA FINALIZADO EL ÚLTIMO ACTO del mayor de sus dramas. El hombre que inició el momento más excepcional del teatro americano —momento que culmina con Tennessee Williams y Arthur Miller— ha muerto entre la involuntaria indiferencia de sus compatriotas. Una inoportuna huelga de periódicos mantuvo en silencio la muerte del gran dramaturgo.

El artista que no supo de concesiones ni de convencionales "happy ends", que vio al hombre como artífice de su propio destino —destrozando la perfecta obra de un Dios desconocido—, que descorrió el velo que cubría las inconfesables pasiones humanas, ha muerto como uno de sus propios personajes, tocando el cielo con las manos pero sin poder arrancar los pies del misero barro.

✠ EN LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES volvió a ser recordada la figura de Alberto Gerchunoff. El 24 de noviembre le fué otorgado al escritor argentino muerto hace tres años el Gran Premio de Honor. Mercedes distinción; lástima grande no haberla recibido en vida. Aunque con frase algo gastada podemos decir de Gerchunoff que, como el Cid, siguió ganando batallas después de muerto.

✠ PEDÍA ANTONIO MACHADO, AL LLORAR LA MUERTE DE GARCÍA LORCA:

*Labrad, amigos,
de piedra y sueño, en el Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llora el agua,
y eternamente diga
el crimen fué en Granada, ¡en su Granada!*

Y el túmulo al poeta fué labrado, y también fueron labrados en él los versos de Machado, pero no en el Alhambra sino a orillas del río Uruguay, en la ciudad de Salto. El monumento fué costado, en parte, por suscripción popular.

✠ EN ESTE MES DE DICIEMBRE se cumplen 30 años de la aparición de *Montaña adentro*, primer libro de la escritora chilena Marta Brunet.

✠ CON ENSAYOS DE FRANCISCO ROMERO, ALBERTO SALAS, WERNER BOCK Y CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ, apareció el número 2 de *Imago Mundi*, Revista de historia de la cultura que dirige José Luis Romero. Completan el número notas, reseñas y una extensa bibliografía.

✠ EL CÉLEBRE HEMINGWAY dedicaba libros hasta que un anciano señor le alcanzó una primera novela y luego una segunda. El gran escritor estaba encantado.

—¡Mi mujer adora lo que usted escribe! —dijo el anciano señor de próspero aspecto—. Pienso darle estos dos autógrafos como regalo para sus cumpleaños. Quedará encantada.

—¡Ah! —dijo el autor, cumplidamente—, será una sorpresa.

—Ya lo creo —dijo el otro—, ella me había pedido un Cadillac.

✠ "DÍAS DE ODIÓ" ES EL TÍTULO DE UNA PELÍCULA ARGENTINA que se presentará en el festival internacional del cine de San Pablo. Nadie, al leerlo, reconocerá la fuente literaria de esta película. Borges adaptó para el cine su conocido cuento —quizá el menos borgiano— Emma Zunz.

✠ ALFRED ROULIN, UNO DE LOS EDITORES de los *Diarios íntimos* de Benjamin Constant, acaba de entregar a la NRF la *Correspondencia de Benjamin Constant y Rosalie Constant*. Esta edición, además de revelar un centenar de cartas inéditas de los dos correspondientes, enmendará muchas de las cartas publicadas gracias a una lectura más segura de los manuscritos.

NOTAS Y ESTUDIOS DE FILOSOFÍA

TRIMESTRAL

DIRECTOR

Juan Adolfo Vázquez

AVENIDA SARMIENTO 925

San Miguel de Tucumán
Argentina

OESTE

VOLANTE LITERARIO

DIRECCIÓN:

Nicolás Cécero
Carlos F. Grieben
Horacio Armani
Javier Fernández

CORRESPONDENCIA, LIBROS, CANJE:

TACUARÍ 1896. 1° E
BUENOS AIRES

✻ LA ENTREGA DE "SUR" correspondiente a los meses de noviembre-diciembre está íntegramente dedicada a las letras italianas. Abre el desfile una magnífica página de Benedetto Croce —la última salida de sus manos— y, a través de las 340 páginas, se suceden los nombres de Piovene, Svevo, Alvaro, Cecchi, Pavese, Ungaretti, Quasimodo, Moravia, Vittorini, Dabini, Pratolini, para nombrar sólo a los más conocidos por nuestro público.

Merece especial mención la antología poética, admirablemente traducida por Alberto Gírrri y Carlos Viola Soto, hermoso exponente de la poesía contemporánea de Italia.

✻ UN CUADRO DE RUBENS. — En una vieja iglesia de Fermo, Italia, existía un cuadro que representaba un Nacimiento. Algunos entendidos atribuían la obra a Rubens, otros lo negaban. Ahora ya no hay dudas: el cuadro es de Rubens. El Profesor Michael Jaffen, de la Universidad de Cambridge, llegó a Fermo en busca de material para su libro sobre la permanencia de Rubens en Italia. Logró que le permitieran revisar el archivo secreto de la Iglesia, y allí descubrió algunas cartas de Rubens donde el pintor anunciaba al Cura párroco que a principios de abril de 1608 comenzaría a pintar un cuadro con el tema de la Natividad. En cartas posteriores anunciaba la terminación de la obra —7 de junio de 1608— y hacía recomendaciones sobre la manera de colocar y conservar el cuadro. Con estas cartas el Profesor Jaffen pudo disipar las dudas de los entendidos.

✻ APARECIÓ EL NÚMERO 4 DE "DIÓGENES", con trabajos originales de G. A. Borgese, Fritz Schachermeyr, Gaëtan Picon, Momolina Marconi y J. B. S. Haldane.

✻ MIGUEL VA SIENDO, POR LO VISTO, NOMBRE DE HEREJE. Hereje para ambos bandos fué, en su tiempo, Miguel Servet. Y hereje redomado parece ser don Miguel de Unamuno, gloria, según todos creíamos, de las letras hispánicas. En efecto, al celebrarse en el mes de noviembre pasado el nuevo centenario de la Universidad de Salamanca, pronunciar el nombre de Unamuno era algo así como blasfemar. Se prohibió hablar de él en los actos oficiales. La gloria máxima de la vieja universidad ha

vuelto a ser Fray Luis —que casi fué hereje—. Fué necesario el gesto decidido de algunos fieles discípulos del gran Don Miguel, y de algunos extranjeros asistentes a los actos, para que su nombre fuese recordado, y, pese a las órdenes recibidas y a las protestas del Obispo de Canarias, se le rindió el homenaje que tan justamente se le debía, al rememorar la historia de la añeja universidad hispana.

✻ LA VERSIÓN CINEMATOGRAFICA DE "BARRIO GRIS", la excelente novela de Joaquín Gómez Bas, obliga a los productores a la búsqueda de nuevas figuras. Es de desear que esta renovación de valores alcance también al enfoque de nuestros temas populares, soslayando el inevitable "canyenguismo" con la misma dignidad con que lo hizo Gómez Bas al escribir su novela.

IMAGO MUNDI

REVISTA DE HISTORIA
DE LA CULTURA

DIRECTOR

JOSE LUIS ROMERO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRAC.

CALLAO 56 - 1º

Buenos Aires

Libros de Hoy

- Books of To-Day
- Livres d'aujourd'hui
- Libri d'Oggi
- Buecher von Heute

Publicación de información
bibliográfica y literaria

Precio del ejemplar: \$ 5.-

DIRECCIÓN POSTAL

CASILLA CORREO 699

Buenos Aires

✚ JACQUES PRÉVERT cuenta esta historia. Se pregunta a una valiente marsellesa si quiere a los norteamericanos.

—¡Oh, sí! —exclama—. En el momento del desembarco se han mostrado muy amables, distribuyendo bombones y chocolate a mis chicos. Pero lo que no comprendo es que hayan traído todos esos blancos con ellos...

✚ LAS ZANAHORIAS Y LOS NABOS utilizados como accesorios que un actor extrae de su bolsillo en la pieza del escritor irlandés Samuel Beckett *En attendant Godot*, que se representa en el teatro *Babylone de Paris*, provienen directamente del huerto del autor en Ferté-sous-Jouarre, quien, como en *Cándida*, sin duda, estima que es necesario cultivar su jardín.

✚ HASTA AHORA TODOS LOS CONCURSOS LITERARIOS premiaban a los escritores; los lectores se conformaban con leer las obras premiadas. *Libros de hoy* ha roto esa norma, y anuncia su primer "concurso literario" para lectores. El concurso consiste en acertar de qué novelas argentinas son cuatro pasajes transcritos en sus páginas. Creemos que habrá muchos ganadores de este concurso.

✚ MARCEL IZKOWSKI, que acaba de ser nombrado secretario general de la *Comédie-Française*, es un viejo camarada para los periodistas que lo conocen desde hace tiempo. Es, con Jean Gabriel Domergue y François Périer, uno de los hombres más ocurrentes de París.

El invierno pasado, viendo la opereta ¡Cuánta agua! ¡Cuánta agua! en trance de zozobrar (recordando el popularísimo slogan de una soda francesa: "El agua que hace pssschit...!"), la bautizó: La Opereta que hace pluf!

✚ TRADUCCIONES. — La Colección "La Croix du Sud" sigue publicando traducciones de escritores americanos. Acaban de aparecer, traducido por Francis de Miomandre, las *Leyendas de Guatemala* de Miguel Ángel Asturias, y cuatro cuentos de Jorge Luis Borges, traducidos por Roger Callois, bajo el título de *Labyrinthes*.

Marcelle Auclair, con la colaboración de Jean Prévost, Michel Prévost y Paul Lorenz, tradujo *Bodas de sangre*, *Yerma* y *Doña Rosita la soltera*, de García Lorca.

LIBROS RECIBIDOS

CUENTOS, RELATOS

DI BENEDETTO, ANTONIO. *Mundo animal*. Mendoza, Edición del autor, 1953.

DIEGO, CELLA DE. *Un grillo entre los juncos*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Colección Novelistas de España y América).

FERNÁNDEZ MORENO, MANRIQUE. *Suicidio natural*. Buenos Aires, Botella al mar, 1953.

ROA BASTOS, AUGUSTO. *El trueno entre las hojas*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Colección Novelistas de España y América).

ENSAYOS

CAMUS, ALBERT. *El mito de Sisifo. El hombre rebelde*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Colección Cristal del tiempo).

RELGIS, EUGEN. *De mis peregrinaciones europeas*. Buenos Aires, Hachette, 1953.

emirecta

FILOSOFIA

LITERATURA

ARTES

DIRECTOR

Conrado Eggers Lan

SUR

REVISTA BIMESTRAL



DIRECTOR:

Victoria Ocampo

Redacción y Administración

SAN MARTIN 629

BUENOS AIRES

FILOSOFÍA

ROMERO, FRANCISCO. *Estudio de historia de las ideas*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Biblioteca Filosófica).

NOVELAS

GOES, ALBRECHT. *Noche angustiosa*. Buenos Aires, Hachette, 1953.

MALLEA, EDUARDO. *Chaves*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Colección Novelistas de España y América).

MALLEA, EDUARDO. *La sala de espera*. Buenos Aires, Sudamericana, 1953 (Colección Horizonte).

WERFEL, FRANZ. *El canto de Bernadette*. Buenos Aires, Sudamericana, 1953 (Colección Horizonte).

POESÍA

ANÓNIMO. *Los versos del Capitán*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Biblioteca Contemporánea).

ALBERTI, RAFAEL. *Ora marítima*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Colección Poetas de España y América).

CASTRO, ROSALÍA. *Íntimas*. Buenos Aires, Hachette, 1953 (Colección Narciso).

HARRIAGUE, MAGDALENA. *Poemas de evasión*. Buenos Aires, Edición del autor, 1953.

MARASSO, ARTURO. *Poemas*. Buenos Aires, Hachette, 1953 (Colección Narciso).

PASAMANIK, LUISA. *Poemas al hombre del mañana*. Buenos Aires, Botella al mar, 1953.

UNAMUNO, MIGUEL DE. *Cancionero. Diario poético*. Buenos Aires, Losada, 1953.

TEATRO

BETTI, UGO. *Teatro: Marido y mujer. Delito en la isla de las Cabras. Lucha hasta el alba. Corrupción en el Palacio de Justicia*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Colección Gran teatro del mundo).

MARCEL, GABRIEL. *Teatro: Roma ya no está en Roma. Un hombre de Dios. El emisario*. Buenos Aires, Losada, 1953 (Colección Gran teatro del mundo).

PRINTED IN ARGENTINE - IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Pellegrini, Impresores - Álvarez Jonte 2315, Buenos Aires

BUENOS AIRES LITERARIA

★

DIRECTOR

Andrés Ramón Vázquez

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Alberto Salas

REDACTORES

Ramón Alcalde
Enrique Anderson Imbert
Ana María Barrenechea
Julio Cortázar
Daniel Devoto
Roberto Di Pasquale
Pedro Larraide
Juan Carlos Pellegrini
José Luis Romero
Pepita Sabor
Gregorio Santos Hernando
Oscar Uboldi
Jorge Vocos Lescano

ASESOR GRÁFICO

Dino Grassi

ADMINISTRADOR

Paulino R. Vázquez

★

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Viamonte 427 T. E. 31-2793
Buenos Aires

S U M A R I O

PEPITA SABOR: *Eduardo Jorge Bosco, vida y poesía* ★ JOSÉ LUIS ROMERO: *Acercas de la vocación intelectual* ★ EUGENIO FLORIT: *Epigramas mexicanos* ★ DAMIÁN CARLOS BAYÓN: *Bestiario sagrado* ★ ALONSO ZAMORA VICENTE: *La primera muerte* ★ ALBERTO SALAS: *Prólogo a una antología autobiográfica de Bernal Díaz* ★ OSCAR UBOLDI: *Letras extranjeras* ★ MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL: *Calles de tango* ★ MARTHA PILLADO ZAPIOLA: *El campo en una novela de Ernesto Castro* ★ JULIO CORTÁZAR: *Periplo* ★ GREGORIO SANTOS HERNANDO: *Danzas para la voz.*

LA TARASCA

CeDInCI